

A woman in a white wedding dress and veil stands with her back to the camera, arms slightly outstretched, in front of a large window. The scene is brightly lit, creating a soft, ethereal atmosphere. The text is overlaid on the image in a dark blue, elegant script font.

*Keira Ryle*

*Querida  
enemiga*

*¿hasta dónde eres  
capaz de llegar por amor?*

# Querida enemiga

Keira Riley

*Dedicado a todas aquellas que han tenido una enemiga disfrazada de amiga: una  
querida enemiga.*

Título: Querida Enemiga.

©2018 Keira Ryle

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Agosto, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

# Prólogo

*Londres 1838*

Las ruedas del carruaje parecía que se saldrían de su eje en cualquier momento, la velocidad a la que se estaban dirigiendo no era la normal. Los duques de Wellington no sabían lo que estaba ocurriendo, habían intentado llamar al cochero pero nunca recibieron respuesta.

—Edward, ¿Qué está sucediendo?—la voz de alarma de la duquesa no pasó desapercibida para el duque, sobre todo teniendo en cuenta que entre sus brazos llevaba a su pequeña hija que tenía una semana de nacida, una niña hermosa que había heredado el mismo color de cabello que su esposo, los ojos redondos color como la miel lucían en ese instante cerrados mientras dormía ajena a la preocupación de sus padres.

Las ruedas del carruaje aumentaron la velocidad mientras el duque golpeaba la ventanilla de comunicación con el cochero sin obtener respuesta alguna. No se escuchaban más ruidos que el de los cascos de los caballos galopando a una velocidad fuera de lo normal. Su esposa volvió a llamar su atención preguntando que sucedía, pero en ese instante ni no tenía la menor idea, mucho se temía que nada bueno estaba pasando.

—Pase lo que pase esposa, necesito que mantengas la calma.

—Me estas asustando Edward.

—Cielo no debe de ser nada, sólo te lo digo para que estés prevenida por si nos llegamos a topar con forajidos.

La duquesa acarició con ternura a su hija mientras veía el brillo destellante del camafeo que llevaba ese día colgado en su pecho; el carruaje fue perdiendo velocidad y en cuestión de minutos se detenía poniéndolos más nerviosos. El duque buscó el arma que estaba siempre guardaba debajo del

asiento; en un compartimiento secreto, pero no lo encontró. Ambos se sobresaltaron al escuchar el estruendo con el que se abrió la puerta dejando ver a un hombre corpulento con la cara cubierta, apuntándolos directamente con un arma. No les dio tiempo de decir una sola palabra, dos disparos se escucharon en aquel camino desolado, mientras el llanto de un bebé se alejaba al igual que los pasos de los forajidos.

# Capítulo 1

*Londres 1855*

El agua cristalina del lago reflejaba los intensos rayos del sol, Marian sonrió cubriéndose los ojos para contar hasta diez mientras Olivia corría a esconderse. Sólo tenían una hora de juego dentro del convento que hacía la función de orfanato, ya que después tenían que regresar hacer sus labores. Así que trataba de disfrutar al máximo esos momentos.

—¡¡Diez, listos o no ahí voy!!—encontrar a Olivia no fue difícil, ya que nunca aguantaba la risa, así fue como la encontró de manera rápida detrás de un árbol frondoso de manzanas, su mejor amiga estaba en cuclillas tratando de sofocar la risa. —¡¡te atrapé!! Ahora tenemos que regresar antes de que nos den unos azotes por no ayudar en la cocina.

Ese era el pan de cada día, acababan de cumplir diecisiete años, y habían llegado al convento cuando tenían unos días de nacida, con la única diferencia que Marian llegó unas horas antes que Olivia. De ahí que todas dijeran que eran hermanas. Nadie sabía el paradero de sus padres, ni siquiera si tenían algún familiar lejano. Las hermanas del convento las recogieron dándole la bienvenida a dos pequeñas que se sumarían a los más de cincuenta que ya atendían. Como Marian fue la primera en llegar decidieron llamarla con el nombre de la madre superiora, y a la otra pequeña Olivia, ya que era el nombre que traía el santoral.

—Apresúrate Livi tenemos que llegar a tiempo—su amiga resopló mientras ella se sacudía una mancha de tierra que se había adherido a su vestido color gris, odiaba esa vestimenta, pero no tenían más ropa que esa, y la verdad es que estaban muy agradecidas con las hermanas que las adoptaron

pues les debían todo, les habían dado lo más parecido a un hogar.

Caminó lo más rápido que pudo, pero sus botines de cuero que eran un número más grande se le atoraron en una piedra provocando que trastabillara. Por suerte su amiga la sostuvo del brazo evitando que cayera.

— ¡¿Por qué siempre sois tan torpe Marian?!—dijo su amiga con el ceño fruncido como si estuviera enojada—, deberían de ponerte un cartel de peligro.

—Lo siento, es culpa de estos zapatos, me quedan grandes. —dijo tratando de acomodarse el botín que se había salido de su pie.

—Sabes, cuando salga de este lugar, voy a buscar a un duque que me lleve a vivir a su castillo.

—Los duques no viven en castillos. —dijo sonriendo porque su amiga siempre decía lo mismo, repetía mil veces que estaba chocada de vivir en ese lugar y que algún día saldría de ahí para conquistar a un duque.

—Pues conquistaré a un príncipe, no importa, lo único que quiero es no tener que utilizar estos vestidos tan horrendos.

—Sabes que la madre superiora hace todo lo posible por darnos ropa y calzado, debemos estar agradecidas.

—Marian, pero es que no has visto cuando la duquesa ha vendido a dejar los víveres de este mes—dijo Olivia refiriéndose a la duquesa de Wellington, que cada mes se dedicaba a llevar en persona todos los apoyos del comité de beneficencia. Esa era una de las funciones de las damas de sociedad, bueno tal vez sólo de las más respetadas, porque había también las que se dedicaban únicamente a asistir a los bailes hasta caer el amanecer y dormir hasta que el atardecer les despertaba para asistir de nuevo a otra velada.

—Debes dejar de soñar con esas ideas, aunque encontraras a un duque dispuesto a enamorarse de ti, solo te utilizará y te dejará por no tener sangre noble.



—Tal vez si muestro el camafeo que me regalaste, pueda aspirar a tener un buen marido. Me niego a ser una criada en casa de esos ricos.

—Doncella Olivia —La reprendió porque su amiga siempre hablaba con desprecio de las personas que servían en la casa grande—. La duquesa aún no ha mencionado a quién se llevara a su casa para que se integre al servicio.

—Pues espero que no me elija a mí, yo nací para bailar a la luz de las velas.—dijo simulando que tomaba entre sus manos la tela de un vestido de fiesta y daba de vueltas por el patio trasero del convento.

—Estás más loca que una cabra. —dijo mientras sonreía y comenzaba a caminar más deprisa. En cuanto pusieron un pie dentro del convento la actividad no cesó hasta que todas las huérfanas estuvieran en sus camas.

Marian y Olivia estaban acostadas las dos en la misma cama, cubiertas hasta la cabeza mientras platicaban de sus planes a futuro, por largas horas hasta quedarse dormidas.

La semana pasó sin grandes acontecimientos, excepto por que se acercaba el día en que la duquesa tendría que elegir a una de ellas para llevarla a su casa a trabajar como doncella. Aunque Olivia se negaba a salir de ahí siendo una simple doncella, Marian estaba muy emocionada esperando que la eligieran; tenía toda una vida recluida en ese lugar que necesitaba un giro nuevo en su vida. Otro aliciente para decidirse a abandonar el convento es que si no las elegían para trabajar en las grandes casas debían comenzar a buscar el llamado del señor todo poderoso y aceptar la voluntad de él para formar parte del noviciado, algo que Marian no le gustaba. Si bien es cierto que en ese lugar se vivía una tranquilidad y una paz purificadora, no estaba segura de querer servir a dios para toda la vida.

Marian también tenía sueños y anhelos que nunca expresaba, cuando tenía quince años había decidido que sí que estaba dispuesta a servir en el noviciado, para ello le dijeron que uno de los requisitos para ingresar al

servicio del señor nuestro Dios era que tenía que despojarse de todo aquello material que poseía. Claro que eso era casi una burla pues ella no tenía ninguna posesión que valiera la pena, apenas un viejo camafeo que estaba en el cesto donde la habían dejado en la puerta del convento. Suponía que era un recuerdo de su madre, y aunque le tenía un cariño especial tenía que deshacerse de él.

Sabía que si lo entregaba a las hermanas del convento estas lo venderían para pagar su manutención, así que de manera egoísta se lo regaló a Olivia, a la que consideraba su hermana. Ella sabría cuidar de él, porque sabía el importante significado que tenía para ella. Lo único malo es que después de colaborar con las novicias por un mes, se dio cuenta de que ese mundo no era el que quería para consagrar su vida; así que lo abandonó sin pensarlo dos veces.

Marian estaba nerviosa cepillando el cabello de Olivia para que estuviera lo más presentable posible, ese día alguna de ellas se iría de ahí para servir a la duquesa. El cabello castaño de Olivia relucía a la luz de las velas de la habitación, tenían grandes similitudes en su aspecto físico que para quien no conocía su historia, pensaría que eran hermanas, ambas con el cabello rizado color castaño, y de complexión idéntica, solo que Olivia siempre fue un tanto más voluptuosa pero no era nada que el feo vestido color gris no cubriera, lo que realmente las diferenciaba era el color de ojos, mientras los de Marian eran de un castaño claro muy parecido al de la miel, los de Olivia era de un castaño un poco más oscuro.

—Sabes Marian, cuando me casé con alguien de la nobleza, le pediré a mi esposo que te contraté como mi doncella personal.

—Porque no mejor me invitas a tu casa como una amiga lejana.

—No seas tonta, mi esposo no debe de saber de dónde provengo. Se me ha ocurrido una idea genial, me hare pasar por una rica heredera.

—De donde has sacado esa idea tan descabellada.

—Escuché el otro día, que la temporada pasada una plebeya se atrevió a colarse en los bailes sin ser descubierta, y entre baile y baile un conde se enamoró de ella tan perdidamente que no le importó que no fuera de buena cuna.

—Eso no pasa en la vida real, debes de tener los pies firmes, no podemos aspirar a entrar en la nobleza. No tenemos una dote que aliente a algún caballero a arriesgarse por nosotras, pero principalmente no tenemos sangre noble. —dijo Marian terminando de trenzar el cabello de Olivia para hacerle el moño francés en la nuca que llevaban todas las huérfanas del convento.

—Lo voy a conseguir, te lo prometo Marian, a como dé lugar lo conseguiré.

—Pues si lo logras, estaré encantada de servir como tu doncella. —eran ideas un tanto descabelladas, pero a ella lo único que le importaba era que su amiga fuera feliz.

## Capítulo 2

Marian sentía que de un momento a otro caería fulminada en el piso, la presencia de la duquesa de Wellington no ayudaba en nada, al fin había llegado el día de saber a quién escogerían para ir a trabajar a la casa de los principales benefactores del convento. Todas estaban con la mirada al piso, ya que era una falta de respeto mirar directamente a los ojos de su excelencia, estaban vestidas pulcramente con su vestido color gris, llevaban el pelo sujeto en un moño tan apretado que Marian sentía que se le saldrían los ojos de lo restirado que estaba.

En cuanto la duquesa pasó frente a ella, las manos le comenzaron a temblar de manera incontrolable, sentía un presentimiento de que nada sería igual a partir de ese instante, estaban inspeccionándolas como si fueran a ser reclutadas para enlistarse en el ejército, desde su postura hasta la forma en que vestían.

— ¿Cuál es tu nombre señorita? —escuchó que preguntaba la duquesa con voz amable, y cerró los ojos decepcionada porque ya tenía a una elegida.

—Olivia, milady. —su decepción fue tan grande, una parte de su corazón se alegraba de verdad de que su amiga fuera la que tuviera una oportunidad como la que se le estaba presentando en ese instante. Pero la otra parte que anhelaba salir de ese lugar sentía una pisca de envidia.

—Bien, a partir de este instante te incorporaras al servicio de la casa.

Tal vez sonara raro que una duquesa estuviera eligiendo el personal que laboraba en su casa, cuando lo más lógico es que fuera el mayordomo o el ama de llaves, pero con la duquesa nunca se sabía nada certero, decían que desde que había perdido a su hija no era la misma, y de eso ya habían pasado dieciocho años. Nadie sabía en qué circunstancias la había perdido ya que la

alta nobleza en esos temas era muy estricta, si una debutante era secuestrada o se fugaba con algún pretendiente lo único que la familia decía era que estaba en un viaje por el viejo continente, para pasar desapercibidos hasta que un nuevo escándalo surgía alejando las miradas de ellos. Aunque la tragedia de la duquesa era diferente porque al parecer su hija tenía una semana de nacida cuando la perdió.

La voz de Olivia la sacó de sus pensamientos para ver que todas hacían una impecable reverencia a la duquesa y salían desfilando rumbo a sus habitaciones, su amiga se había quedado atrás, esperando a que ella comenzara a caminar. En cuanto estuvieron lejos de la mirada de la madre superiora, y de las hermanas del convento; se detuvieron en el pasillo y en ese instante a Marian el mundo se le vino encima, siendo consciente de que no volvería ver a su amiga.

—No puedo creer que tuvieras esa suerte Olivia. —dijo conteniendo las lágrimas, nunca se habían separado y ese era el momento definitivo donde se tenían que despedir.

—No llores tonta, vendré a verte los domingos que me den permiso de salir a misa.

—Tendrás una vida muy ocupada en la casa grande, dudo que te quede tiempo para venir a visitarme.

—Puedes acercarte tú.

—Está bien, pero mantente en contacto conmigo. —dijo ya dejando salir las lágrimas producto de su tristeza, ahora estaría completamente sola.

—Ya Marian, deja el llanto para otra ocasión, la que debería estar llorando debería de ser yo, que me voy a servir en la casa, no creas que me voy como protegida de la duquesa, más bien seré la nueva criada, ya verás cómo me van cargar de trabajo.

—Cuídate, Olivia, tal vez así puedas conocer a tu príncipe.

—Siempre tan tonta. Ahora ayúdame a preparar la maleta con mis cosas, no creo que la duquesa espere a una sirvienta.

Antes de que se diera cuenta Olivia estaba corriendo a la parte trasera del carruaje y se montaba en el descansillo que estaba destinado para la servidumbre. Marian salió a despedirse de su amiga en la lejanía, agitando un pañuelo con el que se limpiaba las lágrimas.

A partir de ese día la vida sería difícil en ese lugar, y no tanto por el ambiente sino porque la soledad la abrumaría. ¿Ahora como seguía con su vida? Esa era la gran incógnita que tenía que responder. Por suerte al parecer las hermanas pensaron que ella se vería afectada por la partida de su amiga, y comenzaron a involucrarla en el aprendizaje de las niñas que vivían ahí. Por las tardes preparaba los temas que las hermanas le enseñaban, y por las mañanas daba las clases en los pequeños salones del convento. Pasaba gran parte del día en la biblioteca investigando temas, leyendo libros de etiqueta, para dar una mejor educación a las niñas, tenía la esperanza de que si las niñas salían bien preparadas aspirarían a ser una institutriz y no una simple criada como decía su amiga.

Pensando en su amiga recordó que ese día se cumplía un mes desde que se había ido del convento para servir a la duquesa, esperaba con ansias el día en que llevaran los víveres de beneficencia, rogaba porque Olivia acompañara a los criados que bajaban todas las cosas que donaban a la caridad; pero sobre todo tenía tantas ganas de abrazarla y de contarle las buenas nuevas.

Cuando vio que del carruaje únicamente descendían los criados, la tristeza la comenzó a invadir, caminó acercándose al carruaje para preguntarle al cochero sino sabía darle alguna información de su amiga. Mientras más se iba acercando, su corazón latía más frenético, el que suponía era el cochero estaba de espaldas a ella, suponía eso porque lo vio en cuanto llegó y detuvo el coche frente al convento; tenía la espalda ancha, sus manos

descansaban en la cintura y tenía las piernas ligeramente separadas, todo en el resumía autoridad, a lo mejor era un empleado de alta confianza del duque, porque si fuera su administrador no entendía porque estaba manejando el carruaje. En la distancia se lograba apreciar su cabello negro que sobresalía por debajo del sombrero de copa. Sin saber porque decidió que mejor no le preguntaría nada a él, caminó más despacio buscando alguien que le diera información del paradero de su amiga; por suerte un chico que debía de ser un mozo estaba cerca de donde ella caminaba.

—Disculpa—dijo tratando de llamar la atención del joven que en ese instante estaba tratando de cargar una pesada caja de verduras, en cuanto el joven levantó la vista al escuchar su voz, se detuvo en seco observándola con admiración provocando que se sonrojara, era la primera vez que alguien la miraba de esa forma—,disculpe, podría darme información sobre una doncella.

—Claro que si señorita—dijo el muchacho secándose las manos en un pañuelo que saco de la bolsa de su pantalón—, ¿de quién se trata?

—Pues vera...—dijo muy nerviosa apretándose las manos, no sabía si metería en problemas a su amiga por preguntar por ella, en ese momento se dio cuenta de que tal vez no era correcto.

—Pregunte sin miedo señorita, no delataré a su amiga.

El joven parecía honesto, así que la única manera de saber algo de Olivia era arriesgándose a confiar en él.

—Me preguntaba si puede darme alguna información de Olivia. Llegó a trabajar a la casa grande hace unas semanas, la duquesa la contrató como doncella.

—La verdad señorita no recuerdo haber escuchado que alguna doncella se llamara así, pero puede ser porque no estoy dentro de la casa más que para comer. Y ahora todo es un revuelo con la llegada de la hija de los duques.

¿La hija de los duques? Posiblemente por eso la duquesa había enviado los vivieres en lugar de llevarlos ella personalmente, suspiró pensando que si lo que decía ese hombre era cierto, tardaría en volver a ver a su amiga. La casa estaría con muchísimo trabajo. Una idea paso por su mente, con la llegada de la hija de los duques, era seguro que necesitarían más personal en la casa, tal vez si se acercaba a hablar con el ama de llaves para preguntar si necesitaban otra doncella. Era feliz en el convento ayudando en el aprendizaje de los niños que vivían ahí, pero extrañaba a su amiga, y quería salir más allá de esas frías paredes de piedra.

Estaba a punto de dar la vuelta para regresar dentro del convento, cuando una voz masculina la dejó paralizada en el acto, todo su cuerpo se estremeció al escucharla.

— ¿Qué está pasando Richard? Porque has dejado de entregar los víveres.

El mozo se puso en el acto a recoger la caja de verduras y emprendió camino sin siquiera decir una palabra. Comenzó a ponerse nerviosa porque sentía la presencia del hombre parado detrás de ella, lo más correcto era darse la vuelta y disculparse por entorpecer el trabajo de los demás. Se giró sobre sus pasos para quedar frente a frente con ese hombre, pero nada la prepararía para tener un encuentro de esa magnitud, era el hombre más maravilloso que sus ojos habían visto.

Aunque ahora sus ojos grises la estaban fulminando, como si fuera la culpable de todas las desdichas que aquejaban a la ciudad. Marian no comprendía porque estaba tan enfadado pero lo mejor que podía hacer era pedir una rápida disculpa y retirarse.

—Discúlpeme, no fue mi intención entretener al joven.

Caminó lo más rápido que sus pies se lo permitieron y regresó a la seguridad del convento. Ese hombre la había alterado lo suficiente como para que sus manos temblaran.





## Capítulo 3

Decepcionada de no poder ver a su amiga, se pasó la tarde ayudando en las labores del convento, pero decidió que en cuanto pudiera le diría a la madre superiora que quería trabajar en la casa grande, tal vez ella le conseguiría un empleo de manera más rápida.

Claro con lo que no contaba es que la madre superiora se pusiera enferma y se negara rotundamente a ayudarla para conseguir ese empleo. Al parecer había cogido unas fiebres espantosas que la dejaban agotada, pero Marian se negaba a tener que esperar por más tiempo para poder saber algo de Olivia; así que aprovechando que las hermanas eran las encargadas del convento, pidió permiso para salir a visitar a su amiga. Las hermanas que sabían de lo unidas que eran no fueron capaz de negarse a tal suplica.

El camino era largo y para llegar a la zona más concurrida de Londres tenía que caminar por lo menos seis horas, pero eso no se lo dijo a las hermanas para que no se preocuparan, les aseguró que tomaría un coche de alquiler tan pronto como le fuera posible conseguir uno. Los pies le dolían de tanto caminar, y el camino no ayudaba mucho porque la gravilla le lastimaba la planta de los pies, y eso que llevaba puestas sus botines que le quedaban enormes, pero era los zapatos más resistentes que tenía.

Nunca un trayecto se le había hecho interminable como ese, pero si quería saber algo de su amiga tenía que sacrificarse. En cuanto llegó a lo más concurrido de la ciudad, se detuvo a descansar en un banquillo del parque que estaba alejado de la vista de los que salían de paseo en sus caballos o en calesas. Se quedó maravillada con la muestra de opulencia y lujo con la que vivía la alta sociedad. En ese preciso instante estaba cautivada por las vestiduras de las damas de sociedad, sin querer se miró su vestido color gris,

y sus botines que eran un número más grande; para su mala suerte incluso estaban llenos de lodo. Suspiró pensando que deseaba tener otra vida, no es que anhelara pasarse la vida de fiesta en fiesta como lo hacían las damas de sociedad, pero lo que sí anhelaba era tener una vida fuera del convento. A escondidas leía ciertas novelas donde gallardos caballeros llegaban a rescatar a damiselas en peligro, y no es que se considerara una; pero el sentimiento que reflejaban en esas páginas parecía tan real que para Marian era casi imposible concebir un cariño tan grande. El único cariño que tenía en la vida era el de Olivia, que era como su hermana aunque no lo fuera de sangre.

Se pasó una mano por su cabello tratando de acomodar un mechón que se había escapado de su moño que llevaba bajo la nuca. Se levantó para acercarse a un charco de agua para tratar de limpiar sus botines, no quería llegar sucia a la casa grande y dar una mala imagen.

Sintió que uno de sus botines se atoraba entre el pasto del parque, al jalar fuerte sintió como se despegaba la suela, mojando su pie por completo. ¡Fabuloso ahora sí que llegaría hecha una autentica pena! Salió arrastrando parte de la suela de su zapato y caminó por una de las veredas empedradas sin percatarse que detrás de ella caminaban un grupo de mujeres acompañadas por sus respectivas carabinas. Tan distraída estaba que no se dio cuenta de que llegaban a su altura y una de las damas la empujaba provocado que cayera de golpe al suelo, mientras las demás se reían disimuladamente detrás de su abanico. Levantó la vista y se quedó paralizada al reconocer en ese grupo de mujeres un rostro demasiado familiar, la misma mujer que la había empujado era alguien tan familiar para ella que del asombro no fue capaz de decir una palabra.

— ¿Estás bien?—escuchó que le decía una voz preocupada, giró la vista para ver a una de las doncellas que acompañaba a las mujeres, le sonreía con amabilidad y por un instante sintió ganas de llorar. Volvió la vista al suelo

para ver sus manos raspadas y llenas de lodo. ¡Tenía que estar equivocada! No podía ser cierto, pero esa mujer era tan parecida a Olivia que podría jurar que eran la misma persona.

— ¿Estás bien? —esta vez la voz la sacó de sus pensamientos, se levantó con dificultad del suelo tratando de no mostrar el dolor por la caída.

—Claro—dijo limpiándose las manos en la falda de su vestido dejándola sucia, pero ya nada le importaba, de cualquier forma llegaría hecha una pena —, soy una torpe seguramente he tropezado con una gravilla.

Ambas sabían que no era cierto, pero no podían decir nada en contra de sus señoras, ya que llevaba el riesgo de ser despedidas o incluso llevarse un buen castigo. La doncella al ver su zapato despegado, frunció los labios en una fina línea como si desaprobaba su aspecto. Por suerte no dijo nada, Marian la miró con detenimiento, era una chica muy joven, posiblemente tendría unos dieciséis años. Sus mejillas regordetas sonreían con amabilidad.

—Me llamo Lucinda, me tengo que marchar o mi señora se pondrá furiosa.

—Está bien, no te entretengo más. —el grupo de mujeres estaban lo bastante lejos como para que Lucinda las alcanzara. Esta con un gesto de asentimiento se puso a correr hasta ponerse a la altura de las demás criadas. Después de perder de vista aquellas mujeres, se dio cuenta de que estaba obstruyendo el paso de los pocos que pasaban por el caminito.

Tenía la cabeza hecha un lío, podría jurar que la mujer que vio caminando con un vaporoso vestido color rosa, era su amiga Olivia. Pero estaba segura que eran imaginaciones suyas, porque de donde sacaría ella un vestido tan lujoso, por no hablar de que estaba vestida como si fuera una dama de la alta sociedad. No, estaba segura que su imaginación la había traicionado, las ganas por saber algo de ella estaban haciendo estragos en su mente.

Trató de serenarse y dejó de pensar en esa mujer que había visto minutos antes, decidió que lo mejor era seguir su camino y terminar con su cometido.

Como no sabía dónde estaba la casa de los duques, fue preguntando en los puestos del mercadillo, algunas personas la miraban recelosas, y otras en definitiva la ignoraban. Al pasar por un escaparate se dio cuenta de su lamentable aspecto, ahora entendía porque la miraban con desconfianza, literalmente parecía una vagabunda.

Una muchacha que vendía flores en una esquina, fue la única que la ayudó a llegar a la casa grande, por suerte ella surtía todas las mañanas las flores para el ama de llaves de esa casa, y no tuvo ningún problema llevarla hasta la puerta por donde entraba la servidumbre.

Ya con el simple hecho de ver la hermosa casa estilo georgiano, que era digna de admiración, provocaba que los nervios la atacaran. Con paso vacilante se acercó a la parte trasera de la casa, el movimiento dentro era frenético, como si fueran a tener una celebración de gran magnitud. Detuvo a una doncella que caminaba apresurada cargando una enorme cesta de sábanas blancas.

—Disculpa te puedo hacer una pregunta.

—Dígame —dijo la muchacha mirando de reojo a la puerta de la casa, como si por el simple hecho de estar detenida con ella la fueran a reprender.

—Sabes dónde puedo localizar a Olivia. —preguntó buscando con la mirada a su amiga por los alrededores.

—¿Olivia? No conozco a nadie con ese nombre señorita.

—¿Estas segura?—su amiga no podía haber desaparecido así sin más. Alguien tenía que haberla visto en cuanto llegó a la casa a trabajar—, tuvo que haber llegado con la duquesa hace semanas.

La doncella pareció pensar bien su respuesta, como si tratara de recordar un detalle importante que se le estuviera escapando.

—No lo creo señorita, el día que la duquesa llegó fue muy ajetreado, al parecer la asaltaron en el carruaje donde venían, le iban a disparar a su hija y

la duquesa se interpuso.

Estaba a punto de replicar que la duquesa no tenía ninguna hija pero decidió mejor callárselo porque al final de cuentas ella no sabía nada de lo que se suscitaba entre la buena sociedad.

— ¿Quién podrá informarme?—preguntó mirando a todos lados.

—Pues, solo que pase hablar con el ama de llaves, a lo mejor ella sabe si la enviaron a servir a otra casa. —las palabras de la doncella se perdieron en el bullicio de los demás trabajadores al entrar en la casa, pero Marian estaba con la mirada perdida en algún punto fijo y ese punto no era otro más que su amiga, sí, esa mujer a la consideraba su hermana, la imagen que estaba viendo la descolocaba completamente. Olivia estaba de pie parada en la ventana de la casa mirando a todos lados como si buscara algo, estaba vestida con el mismo atuendo con el que se la encontrara de paseo junto con las demás damas de la nobleza. El mismo atuendo de la mujer que la había empujado sobre la empedrada vereda para que cayera al suelo. Sus miradas se encontraron y en sus ojos pudo ver el nerviosismo que la embargaba. Su amiga le hizo una seña para que la esperara y después desapareció de la ventana dejándola confundida.

## Capítulo 4

Después de unos minutos que a Marian se le hicieron eternos, Olivia salió por una puerta lateral de la casa y la llamó para que se acercara, por su mente comenzó a pasar una idea descabellada, recordó el día que Olivia le dijo que se haría pasar una dama de sociedad para conseguir casarse con un noble. Un miedo la comenzó recorrer; sabía que si descubrían a Olivia corría el riesgo de que la condenaran e incluso podría terminar colgada en la torre de Londres.

— ¡Apresúrate Marian, es que quieres que alguien te vea! —la urgencia con la que la llamaba, hizo que se diera prisa, aun no podía creer como Olivia era capaz de engañar a esas personas.

En cuanto pasó por la puerta la condujo a un cuarto pequeño, era una salita decorada en tonos color rosa con flores color violeta que a ella le encantó, los sillones tenían un tapizado primoroso que hacia juego con las paredes. Todo en esa habitación decía que la familia tenía dinero, mucho dinero. Eso le llevó a recordar el motivo por el que estaba ahí, y recordar que necesitaba explicaciones.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? Es una locura lo que pretendes hacer. Cuando me contaste tus planes jamás imaginé que los llevarías a cabo. —dijo exaltada, es que acaso su amiga no comprendía la magnitud del problema.

— ¡Cálmate! —dijo su amiga mientras la tomaba del brazo y la llevaba hasta un sillón—toma asiento, ¿Qué planes crees que estoy llevando a cabo?

—Los de hacerte pasar una dama de sociedad para encontrar un marido con dinero. No entiendes el peligro que estas corriendo al mentir a la buena sociedad.

—Tranquila, que no le estoy mintiendo a nadie—escuchó que decía Olivia, al girar la vista y ver su rostro se dio cuenta que sonreía como el gato que se

comió al ratón —, prepárate para esta noticia que te voy a dar. Su amiga se sentó a su lado en el mullido sofá, y le tomó de las manos mientras la miraba fijamente a los ojos. —Marian, he encontrado a mi verdadera madre.

De todas las respuestas que le pudo dar, esa era la que menos se esperaba, si alguien le hubiera dicho que alguna de las dos encontraría a su familia, se soltarían a reír como si estuvieran desquiciadas. Las palabras se quedaban atoradas en la garganta, tenía un sentimiento muy extraño, se alegraba mucho por su amiga, era una excelente noticia que tenían que festejar, pero algo muy dentro de su corazón no la dejaba ser completamente feliz por su amiga, y solo tenía una sola palabra para ese sentimiento: Envidia.

— ¿Es que acaso no te alegras Marian?—preguntó su amiga ante silencio que reinaba la salita.

—No es eso, me ha tomado por sorpresa.

—Cuando te cuente como fue que la encontré, no me lo vas a creer.

En ese momento su mente comenzó a registrar la magnitud de lo que le había cambiado la vida a su amiga. Si Olivia estaba viviendo en la casa de los duques, eso quería decir que su amiga era la hija que habían perdido años atrás.

— ¿Cuéntame cómo fue?—a pesar de sentir que una tristeza la embargaba trató de sonreír, era lo menos que podía hacer.

—Fue todo tan de sorpresa, recuerdas que tengo un lunar en forma de estrella, aunque casi no se me nota porque siempre llevo puesto mi camafeo. Bueno pues en el trayecto para la casa, nos atacaron unos asaltadores de caminos, y cuando me pedían que les diera el collar, me lo tuve que quietar dejando al descubierto mi lunar, la duquesa al verlo, comenzó a llamarme hija, llorando desconsolada. Eso distrajo a los asaltadores, mientras que el cochero y los lacayos sacaban sus armas, lo único malo es que los bandidos no se daban por vencidos de irse sin su botín y por querer quitarme el camafeo,



intentaron dispararme. La duquesa se interpuso entre nosotros y salió mal herida. Ahora todo tenía un sentido, mejor suerte no podía tener su amiga, ser hija de los duques de Wellington, era más que un sueño para ella.

— ¿Qué pasó con la duquesa? Nos extrañó que en esta última entrega de víveres no fuera ella en persona.

—Madre no sale mucho, ha estado convaleciente después del disparo. Y padre tiene la salud delicada desde hace años. Aunque con mi llegada dicen que ha vuelto a la vida.

Era sorprendente como una persona que había crecido sin familia, ahora nombrara a dos seres como madre y padre. Ahora las cosas serían distintas, la tristeza la comenzó a invadir al descubrir que había perdido a su amiga para siempre, ahora pertenecían a dos mundos distintos y esa sería la despedida de una amistad de toda la vida.

—Me alegro mucho por ti, porque si alguien merece tener un hogar con unos padres que la quieran, esa sois tu Olivia. Pero supongo que esto es un adiós para nuestra amistad.

— ¿Por qué dices eso?—Olivia por un momento se vio desconcertada.

—Porque la hija de un duque no puede ser amiga de una huérfana.

—A lo mejor padre puede ayudarte a buscar un lugar donde trabajar.

Marian estaba a punto de decir que por el momento estaba bien en el convento, cuando la puerta de la pequeña salita se abrió, dando paso a la duquesa que llegaba con un primoroso vestido verde oliva con bordados en color negro. Marian se levantó de golpe del sillón, para hacer una reverencia.

—Su excelencia.—dijo casi en un murmullo, nunca se había atrevido a hablarle a la duquesa, siempre eran las hermanas del convento las que hablaban y ellas se dedicaban solamente a mantenerse de pie mientras agachaban la cabeza o realizaban una reverencia.

— ¿Quién es tu acompañante Olivia?—preguntó la duquesa mirándola

fijamente.

—Es una compañera del convento, en realidad es mi mejor amiga. Marian.

—De acuerdo, Marian si eres amiga de mi hija, sois bienvenida a esta casa.

—De hecho madre, quería pedir su consentimiento para que Marian sea mi nueva doncella.

Las palabras de Olivia la dejaron muda, de hecho todo lo que estaba pasando en ese momento la estaba dejando aturdida, la actitud de su amiga no era la que correspondía con la personalidad de ella, es como si frente a la duquesa, Olivia se convirtiera en otra persona.

Por mucho que Marian quiso negarse a trabajar en la casa grande como doncella de Olivia, al final la duquesa terminó convenciéndola. Por supuesto ella nunca había desempeñado las labores de doncella y estaba perdida en lo eran sus obligaciones, si bien era cierto que en el convento las preparaban para entrar a trabajar en las casa de los señores, no estaban preparadas para ocupar grandes cargos como lo era ser doncella principal.

La habían instalado en una de las habitaciones del servicio que estaban ubicadas en la tercera planta, para que pudiera estar más cerca de lady Olivia. Los demás miembros servicio la miraban como si fuera una apestada, e incluso llegó a escuchar comentarios sobre que ciertas personas tenían preferencias dentro de la casa. Al pensar en que debía referirse a su amiga ahora con su título aristocrático casi le dieron ganas de reír. Toda la vida conviviendo con alguien que pertenecía a otro mundo, lamentaba que su amiga tuviera que pasar por esa infancia tan difícil, pero a partir de ese momento sus vidas habían cambiado para siempre. Los primeros días se limitaba a servir solamente a Olivia en lo que ella le pedía, prácticamente tenía que ser su sombra y estar a su entera disposición todo el día y la noche.

Casi no podía platicar con su amiga porque tenía una vida social muy

ocupada, y eso que aún no era presentada en sociedad. Suspiró tocando el precioso vestido de holanes en color lila, era una verdadera obra de arte. Con mucho cuidado lo dejó sobre uno de las sillas del secreter. En unos minutos tenían que despertar a Olivia de su siesta, se acercó al enorme ventanal para correr las pesadas cortinas y sin querer su mirada fue a parar al carruaje que acaba de llegar, del pescante del carruaje descendía el cochero que había visto en el orfanato.

Sin saber porque su corazón comenzó a latir más rápido. Sin temor a saberse descubierta lo observó con detenimiento: era muy alto y fuerte, se notaba que realizaba tareas pesadas. A Marian se le cortó el aliento al ver como miraba en dirección a la ventana donde estaba ella, era como si de alguna manera se sintiera observado, para su mala suerte el cochero dio la media vuelta y entró en los establos donde uno de los lacayos ya había desenganchado los caballos.

Era la primera vez que tenía ese tipo de sensaciones, nunca en su vida la presencia de un hombre le hizo que la piel se le erizara. Escuchó que las sabanas de la cama se movían sacando de sus pensamientos.

— ¡Estas despierta Olivia!

## Capítulo 5

—¡¡Eres la más estúpida de las doncellas!!—escuchó que decía Olivia, su vestido tenía un doblez que ella no había visto, tal vez al momento de ponerlo sobre la silla uno de los holanes se había quedado prensado entre las múltiples capas de tela.

—Discúlpame Olivia, no quise que sucediera eso.

—Tal vez sino hubieras estado como una boba mirando por la ventana, te habrías percatado de que mi vestido no estaba listo. Tengo un té con la condesa de Bournemouth. ¡¡No puedo ir así!! ¡¡Estúpida!!—los gritos se debían de escuchar por toda la casa, Olivia siempre fue una persona de carácter muy fuerte, incluso algunas veces cuando se enojaba estallaba en cólera, pero nunca en su vida la había insultado de esa manera.

La puerta de la habitación se abrió dejando ver a la duquesa que se acercaba a comprobar que su hija estaba bien.

— ¿Qué sucede cariño?

Ante el asombro de las dos, Olivia rompió a llorar desconsolada. La duquesa se acercó a ella consolándola y Marian únicamente pudo murmurar una disculpa realizando una torpe reverencia, para después salir de la habitación. Sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas, Olivia era como su hermana, y Marian daría la vida por ella si fuera necesario. La frialdad con la que la trató y la manera en la que la insultó prácticamente como si fuera menos que una criada, era algo que no podía soportar.

Salió corriendo de la casa con dirección a la parte donde se encontraban los establos, sin importarle si alguien la miraba, no sabía porque se sentía de esa manera tan sensible. Trataba de contener las lágrimas pero fue imposible, la vista de pronto la sintió empañada por el llanto de manera que no se dio cuenta de que alguien estaba parado en su camino, lo que provocó que chocara

con esa pared de músculos, con tan mala suerte que cayó en seco en el suelo. La espalda le dolía horrores, trató de levantarse pero el dolor era más fuerte.

— ¿Está usted bien?—esa voz la reconocía perfectamente, gimió interiormente pensando que no podía quedar más en ridículo que en ese momento. Las palabras se quedaron atoradas en su mente y cerró los ojos como si con eso el hombre que tenía delante de ella fuera a desaparecer.

No supo cuánto tiempo estuvo en esa posición, sólo cuando sintió que unas manos la levantaban como sino pesara nada, abrió los ojos desmesuradamente. En cuanto estuvo con los pies sobre la tierra, se giró para comprobar que no se equivocaba, ahí estaba el hombre que trabajaba como cochero en la casa, mirándola con una sonrisa ladina. Se quedó tan asombrada, tenía los ojos de color gris, algo que ella nunca había visto, la nariz perfilada junto con unos labios gruesos hacían que su rostro pareciera tallado por algún escultor de esos que había escuchado que estaba de moda.

Seguramente su amiga tenía razón ya que en ese momento parecía una tonta. Lo correcto era que se alejara pidiendo una disculpa, pero literalmente estaba atrapada en su mirada.

—Discúlpeme.—fue lo único que pudo decir de forma coherente.

—Se hizo algún daño, lamento haberla tirado al suelo.

—Descuida... perdón..., quiero decir descuide—dijo sintiendo que se le enredaban las palabras—, fui yo la que venía distraída. Pero no volverá a pasar. —sentía algo muy raro en la boca del estómago, el aire comenzaba a faltarle y por un momento pensó en que posiblemente se desmayaría.

— ¿Por qué venía huyendo?—volvió a escuchar que preguntaba el hombre.

—No venía huyendo señor, sólo quería tomar un poco de aire.

—No me digas señor, llámame Robert.

Hasta su nombre era bonito, el sonido de su voz le provocaba pequeños estremecimientos por todo el cuerpo, que prácticamente la hacían tiritar. Era

algo tan extraño, que no sabía describirlos, únicamente podía sentir el extraño latido de su corazón rezumbar en sus oídos.

—No sé si sea lo más correcto, ambos trabajamos en la casa y no quiero tener ningún problema.

— ¿Trabajas en la casa?

—Soy la doncella de lady Olivia. —quería salir corriendo de ese lugar, pero Robert estaba parado justo frente a ella impidiéndole salir huyendo, sus mejillas seguramente estarían de un color rojo que no la favorecía en absoluto.

Robert se le quedó mirando sin decir una palabra, Marian estaba a punto de dar vuelta atrás cuando escucharon unos pasos acercándose. El jefe de cuadras se acercaba corriendo, así que fue la oportunidad perfecta para salir corriendo ella también.

Caminó con paso apresurado hasta llegar a un lugar apartado que era el lindero con un lago cristalino, la distancia hasta llegar a ese lugar se le figuró tan corta, pero por lo que sabía el lago estaba bastante retirado, unas rocas de gran tamaño cubrían una parte del lago dando cierta intimidad. Se acercó para sentarse junto a ellas, quedando fuera de la vista de cualquier persona que tomara ese camino.

El agua realmente parecía tener brillo propio aunque en realidad era la luz resplandeciente del sol, vio maravillada como se formaban pequeñas ondas dentro del agua, si detenía la vista por un segundo en los rayos que se reflejaban en el lago podía ver las motas de polvo que parecían flotar. Marian admiraba mucho los paisajes y le encantaba estar al aire libre, pero sobre todo disfrutaba de la paz y tranquilidad que la naturaleza brindaba.

Suspiró recordando la razón por la que estaba ahí, no era la primera vez que Olivia la trataba de una manera tan cruel, pero nunca le había dolido tanto como en ese día. Por lo regular su amiga siempre le decía que era torpe para hacer algunas cosas, y Marian por no crear conflicto con ella simplemente no

decía nada, claro que Olivia siempre fue muy astuta, después le pedía perdón por haberle hablado de esa manera y ella como la adoraba siempre terminaba por aceptar sus disculpas.

Se quedó mirando el agua pensando en todo lo que había compartido con su amiga, su carácter era muy fuerte pero siempre se complementaba con el de ella que era más bien dócil, así no tenían ningún problema a la hora de congeniar, ya que Marian era la que trataba de mantener la calma y no darle importancia a los arranques que su amiga tenía.

No supo cuánto tiempo estuvo en ese mismo lugar, solo cuando sintió que el fresco de la tarde comenzaba a hacerse presente, fue consciente de que era la hora de volver. Ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba todo el día sin probar alimento, tan absorta como estaba en sus pensamientos.

Otro pensamiento que no la abandonaba era el nombre de Robert, había leído en algunas novelas la descripción del encuentro entre enamorados cuando se miran la primera vez, y aunque para ellos ese era el segundo encuentro, Marian sintió la misma desazón que en su primer acercamiento.

Y si tenía que hacer alguna comparación con lo que había leído y escuchado, las emociones que ella sintió no tenían nada que ver con lo que ella creía que experimentaría al estar frente a un hombre.

Sonrió pensando que tal vez se estaba volviendo una romántica soñadora, pero eso no era para ella, tenía los pies puestos sobre la tierra, el puesto de doncella principal era suyo por pura beneficencia, y todo el servicio lo comentaba y la miraban con recelo. De hecho a veces tenía unas ganas locas de salir corriendo de esa casa y volver a meterse en el convento.

El camino ahora parecía interminable y tuvo que apresurar el paso porque de otra forma la noche la sorprendería en medio del espeso bosque. Únicamente se escuchaba el murmullo de los grillos y el cantar de alguna ave nocturna, y eso que aún estaba cayendo la tarde, después de mucho caminar

casi llora del alivio de ver la casa con las luces encendidas. Corrió la distancia que los separaba, y entró por la puerta del servicio.

— ¡Hey tú!—escuchó que le gritaba Susan la que era el ama de llaves. Se giró sobre sus talones y agachó la cabeza tal y como lo había practicado en el convento. Aunque estaba ahí en un puesto superior, tenía que rendirle obediencia al ama de llaves.

— ¡¿Dónde se supone que estabas chamaca estúpida?!—estaba enojada y había comprobado que todos los empleados le huían cuando estaba de mal humor. Pero Marian no había hecho algo que faltara a la casa. Bueno tal vez no debería perderse todo el día en el bosque en lugar de estar realizando sus tareas.

—Disculpe Susan, salí a tomar un poco de aire fresco y me perdí, apenas pude encontrar el camino. —la mujer estaba roja del coraje, pero el que estuviera ausente no era como para que la señora estuviera de esa forma.

— ¡Mira niña estúpida!—el ama de llaves la tomó del brazo para llevarla a un rincón apartado de la cocina—¡Escúchame bien niñita!; tal vez piensas que porque lady Olivia es tu amiga, vas a tener aquí privilegios, pero estas equivocada. Tienes que trabajar igual que todos los demás, sino quieres que te pongan de patitas en la calle. ¡Ahora ve que lady Olivia lleva buscándote todo el día! —la soltó del brazo empujándola, provocando que se golpeará contra una mesa. Marian sorprendida se alejó de ahí, y caminó con paso apresurado a la habitación de Olivia. Antes de entrar se detuvo un momento para retomar la cordura, como bien le había dicho en esa casa no era más que una empleada, y como tal se tenía que comportar.

Tocó suavemente en la puerta, y esperó hasta que la voz de Olivia le dio autorización de pasar.





## Capítulo 6

—Adelante.

Entró en la habitación, todo estaba en penumbras, así que supuso que Olivia tenía una de sus muy famosas jaquecas que la afectaban desde que había llegado a esa casa. Caminó con paso cauteloso tratando de hacer el menor ruido posible, por nada quería desatar la furia de su amiga. Olivia estaba recostada sobre la cama, cubierta hasta la cabeza, se acercó para avivar el fuego de la chimenea que casi se extinguía. Un leve movimiento en la cama la alertó de que tal vez había hecho mucho ruido.

— ¿Estás aquí?—había algo en el tono de voz de su amiga pero como ella no era más que una empleada, así que siguió con su tarea de avivar el fuego—  
¡Marian!

Se giró para observar que su amiga tenía la voz congestionada y el rostro cubierto de lágrimas, dejando de lado la promesa de mantener las distancias con ella; se acercó a la cama preocupada por ella.

— ¿Qué sucede Olivia?—su amiga en lugar de calmarse comenzó a llorar más fuerte, tenía la voz entrecortada y Marian no comprendía ninguna de las palabras que le decía entre sollozos—.Me estas asustando Livi, ¿Qué sucede? ¿Estas enferma?

— ¡No me dejes Marian!—esas palabras la dejaron sin aliento, por un momento pensó que Olivia estaba enferma. Su amiga no paraba de llorar. Sin poder soportarlo la abrazó tratando de consolarla.

—Qué cosas estas diciendo Olivia, sabes que jamás te abandonaré.

—Perdóname Marian, no fue mi intención hacerte pasar un mal rato. No sé qué me ha pasado, de verdad que no quería tratarte de esa manera, eres mi única familia —Estuvo un rato tratando de que Olivia dejara de llorar pero parecía una tarea imposible, se veía realmente afectada—, me perdonas

verdad Marian, dime que me perdonas y que no te marcharas de la casa.

Marian suspiró tratando de serenarse, por más que su amiga la hiciera enfurecer, ella siempre terminaba perdonándola.

—Olivia, sabes que no me marcharé de aquí. Prometimos que siempre estaremos juntas, somos hermanas recuerdas.

El llanto de Olivia comenzó a cesar, después de un rato Marian se alejó de ella para volver a avivar el fuego. Buscó un pañuelo y lo humedeció con el agua que estaba en un jarrón junto a una palangana, le dijo a su amiga que se recostara y se lo puso en la frente para que se relajara, se sentó junto al cabecero y comenzó a acariciar el cabello de su amiga.

—Recuerdas cuando te dije que lograría casarme con un príncipe o un duque. —escuchó que decía su amiga y por cómo se le estaban dando las cosas en su vida no dudaba nada que pronto se anunciara su compromiso con alguien de la nobleza.

—Lo recuerdo—sin dejar de acariciar su cabello, sonrió recordando las miles de ideas alocadas que se les ocurrían cuando vivían en el orfanato—. No me iras a decir que ya estas comprometida.

Un silencio se quedó apoderándose de la habitación. Marian pensó que su amiga sólo estaba pasando por momentos difíciles y la comprendían, no era fácil llegar a un mundo totalmente desconocido, donde al menor error, la menor provocación, una palabra mal pronunciada; o tal vez una acción que no fuera acorde a lo que una dama tiene que hacer; Marian sabía que con eso bastaba para que la buena sociedad londinense les diera la espalda, sin importar que fuera hija de un duque.

—Aún no es un hecho, pero madre y padre me han dicho que un buen amigo de ellos está buscando esposa. Y en cuanto me presenten en sociedad nos darán tiempo para conocernos, si las cosas salen bien formalizaremos el compromiso.

Marian suspiró de alivio, no era novedad que entre la nobleza los matrimonios eran concertados por los padres, sin dar ninguna oportunidad de elección a las mujeres.

—¿Y es guapo?—preguntó tratando de aligerar el ambiente—, recuerdo que decías que sería el más guapo de la ciudad y que las damas se morirían de la enviada.

—Aún no nos presentan, de hecho esta en un viaje por el continente, padre dice que es un caballero en toda la extensión de la palabra y que tiene muchos negocios que tiene que atender.

—No debes preocuparte por nada, aún falta mucho tiempo para que llegue tu presentación.

—Madre ha dispuesto que en tres meses será mi presentación; en cuanto empiece la temporada.

—Tenemos suficiente tiempo para que estés preparada para tu gran noche, ahora deja la tristeza atrás, ahora tienes que estar presentable para la cena.

—Perdóname de nuevo Marian, no volveré a tratarte de esa manera, eres mi hermanita.

Marian vio como Olivia se levantó de la cama para lavarse la cara en la palangana. Se apresuró a sacar del armario el vestido que luciría en la cena. Al tocar la suave tela del vestido de holanes; volvió a sentir esa punzada de envidia que la recorría al ver sus ropas tan opacas y sin vida.

Se apresuró a ayudarla a ponerse todas las capas de ropa que tenían que cubrir su cuerpo, le hizo un peinado primoroso que dejaba ver su pelo castaño en un recogido dejando unos risos descansando en uno de su hombro. Su amiga era realmente hermosa, y verla convertida en una dama le provocaba una chispa de nostalgia. Quería regresar el tiempo y volver a la etapa donde ambas corrían por el orfanato en busca de luciérnagas.

Después de que terminó de ayudar Olivia, bajó a la cocina por si se

ofrecía algo en lo que ella pudiera ayudar. El ama de llaves la miraba de manera heladora mientras le tendía las charolas de plata donde llevaría la cena. Ella nunca participaba en esa actividad pero dado que había estado fuera de la casa todo el día, ahora tenía que reponer las horas de trabajo que no realizó. Entró en el amplio comedor cargando el recipiente de la sopa, pesaba mucho, por suerte para ella no hubo ningún incidente mientras la servían. Dejó la charola en la cocina, pues otras de las doncellas ya estaban por servir el plato fuerte. El ama de llaves la miraba como si fuera la persona más estúpida del mundo, y ya se estaba comenzando a mosquear por esa actitud tan prepotente.

— ¡Tu niñita!, lleva la charola con los postres. —frente a ella apareció una charola con diferentes tartas y pastelillos de fruta, se notaba que la cocinera se había esmerado. Se dio la vuelta para salir, pero justo cuando había dado unos pasos adelante una de las doncellas le puso una zancadilla tirándola con todo y los postres. Levantó la mirada para darse cuenta de quien se trataba, Marla una de las doncellas inferiores se burlaba de ella después de dejarla tendida en el suelo.

— ¡Eres una estúpida! No puedes hacer nada bien. ¡¡Levántate!!—la voz del ama de llaves le provocó un estremecimiento, sabía que por ese error recibiría un castigo. Estaba tan asustada que fue incapaz de moverse—, así que no te vas a mover, Marla levántala y sostenla. Vamos a enseñarle a esta niña estúpida como se debe trabajar.

Antes de que se diera cuenta estaba de pie frente a Susan que la miraba con un brillo triunfal, mientras Marla y otra de las doncellas la sujetaban fuertemente. No supo de dónde, pero de repente Susan tenía en la mano un pequeño látigo. —Más te vale que no grites, ni vayas llorando con la señora porque te puede ir peor niñita.

Susan dio la vuelta para quedar detrás de ella, cerró los ojos imaginado lo

que esa mujer le haría, las demás doncellas que estaban en la cocina la miraban y se reían de ella. Estaba claro que nadie la iba a ayudar. El resquemor del primer golpe en la espalda la dejó sin aliento, quería gritar pero si lo hacia el castigo sería peor. Y muy posiblemente terminaría en la calle después de eso. Con el segundo golpe prácticamente sentía que la piel se le caería a pedazos, el objeto con el que la mujer le estaba pegando debía de ser muy duro porque dolía demasiado. Cuatro azotes fueron los que tuvo que soportar por haber tirado la bandeja de los postres.

—Deja de llorar niñita, ¡Ahora lárgate a tu habitación!—ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

Marla y la otra doncella la empujaron para que caminara provocando que arqueara la espalda de dolor.

—Cuidadito y vas a llorar con la duquesa o con milady, porque igual un día de estos no amaneces viva.

Aturdida como estaba, no tenía ni la menor idea de lo que había hecho mal para que esas personas a trataran de esa manera. Sin saber cómo llegó a su habitación y se tumbó boca arriba en la cama, cerró los ojos apretando los puños por el dolor lacerante que sentía, era como si mil agujas le traspasaran la piel.

Tenía que largarse cuanto antes de ahí, de otra manera corría el riesgo de que le hicieran algo mucho peor.

## Capítulo 7

La luz del amanecer se filtraba por la ventana dejando ver que la mañana ya estaba por caer. Marian se levantó de la cama sintiendo un dolor espantoso en la espalda, a su mente llegaron los recuerdos de lo que había pasado en la cocina y las lágrimas nuevamente querían volver a brotar, pero se negó a darles ese gusto. Como pudo se quitó el vestido color gris para comenzar a asearse, consiguió ponerse un vestido gris limpio ya que era el uniforme de las doncellas. Se recogió su cabello en un tirante moño en la nuca, aunque eso fue prácticamente un milagro, cada vez que movía los brazos cada musculo de su piel se resentía. No se había revisado las zonas donde el ama de llaves le había golpeado, aunque le dolía mucho la espalda tenía que trabajar o el castigo sería peor.

Salió de su habitación para preparar el vestido de paseo de Olivia, al parecer ese día tenía pensado salir a pasear con su comitiva de amigas en el Hyde Park, fue hasta la cocina para poner el agua a calentar en los fogones, desde que estaba al servicio de Olivia o de lady Olivia como le habían dicho que tenía que llamarla, Marian tenía que preparar todo lo que ella necesitara, así que ni pensar en pedirle a alguna cocinera que le ayudara, seguramente se llevaría un par de tortazos.

Con la espalda resquemándole, puso el agua y después de verificar que todo estaba bien, subió hasta la habitación de Olivia para tener preparado todo. Estaba recorriendo el pasillo y se sobresaltó cuando la duquesa salió de una de las habitaciones.

—Excelencia.—dijo haciendo una reverencia cuando estuvo frente a ella, la duquesa hizo una inclinación de cabeza como dando el visto bueno a su gesto.

—Marian, necesito hablar contigo. —estaba segura que la despedirían, posiblemente el ama de llaves la había delatado, ya con el simple hecho de que no tuvieran postre para la cena se darían cuenta de lo sucedido.

—Dígame excelencia. —dijo casi en su susurro, esperaba que por una tontería no la dejaran sin empleo y sin poder estar cerca de Olivia.

—Ven al saloncito rosa, necesito que conversemos de varios asuntos.

Siguió a la duquesa por el pasillo hasta las escaleras, para después llegar a la planta baja, en cuanto entraron en el saloncito que era el refugio especial de la duquesa, quedó asombrada, estaba decorado con buen gusto y exquisitez, la duquesa se sentó en uno de los sillones que presidían el saloncito, en la estancia había varios lienzos blancos apoyados en un tipo de madera que los sostenía. Pinceles de todos grosores estaban acomodados pulcramente en unos botes. Marian observó admirada los cuadros que estaban apoyados en la pared, eran paisajes que parecían tan reales, al igual que los de las personas que estaban retratadas en ellos. En ese momento vio que la duquesa estaba terminando un cuadro de Olivia que estaba graciosamente sentada en un banquillo mientras en una mano tomaba un abanico de nácar, y en la otra sostenía un pañuelo con sus iniciales haciéndolo descansar sobre los holanes de su vestido en tono amarillo.

—Siéntate a mi lado Marian.—escuchó que la llamaba.

Nerviosa se acomodó en el banquillo y esperó paciente hasta que la duquesa comenzó a dar suaves pinceladas sobre el lienzo que la dejaron hipnotizada. Era maravillo ver como plasmada unos simples trazos y lograba dar forma a un rostro, o un paisaje y dejarlo idéntico. Era una lástima que en su condición no tuviera la oportunidad de aprender.

—Te gusta la pintura. —esas palabras la sacaron momentáneamente de su ensoñación.

—Sí, es increíble como unas finas líneas con pinceles pueden dar forma a



un bello paisaje, o al rostro de una persona.

—No es sólo trazos y líneas, es todo un proceso de técnicas. Pero sobre todo tienes que tener pasión, amor a la pintura, plasmar tus sentimientos en un simple lienzo blanco, puedes retratar a la persona más hermosa del mundo pero si no logras capturar su esencia en la pintura, únicamente lograras cuadros vacíos y carentes de emoción.

Marian entendía, bastaba con ver el rostro iluminado de Olivia en esa pintura para saber que la duquesa había capturado toda su esencia en él. En el cuadro estaba retratada su amiga tal y como su personalidad era, con esa chispa hacia brillar su mirada, pero también con ese aire altivo y de superioridad que siempre la había distinguido.

—Te gustaría aprender a pintar—la pregunta la tomó por sorpresa, no era normal que una dama de la buena sociedad conversara con una doncella más que para darle ordenes, pero si a eso le sumaba que le estaba preguntando sobre sus intereses la situación era de lo más desconcertante.

—Es una oportunidad a la que nunca poder acceder, pero sí, me gustaría mucho poder plasmar en un lienzo los rostros de alguien.

—Las oportunidades a veces están muy cerca. Por las mañanas es mi hora favorita para venir a pintar, me gusta tener la luz del día para iluminar mi espacio. Si te encuentras disponible a esa hora puedes venir para que te enseñe lo poco que sé. O podemos disponer de una hora justo al amanecer para que no interfiera en tus actividades.

—No sé lo que opinaría el demás personal, o si su excelencia no se enfadara porque usted me brinde ese apoyo.

—Descuida, Edward no se enfadara, está acostumbrado a mis extravagancias. Ahora otro asunto que me tiene preocupada y que es el motivo por el que te llame, es por la manera en la que te trató mi hija.

Esperaba que Olivia no estuviera en problemas, si bien ella había

perdonado la manera tan cruel y humillante en que la trató, dentro de su corazón había quedado una leve grieta que estaba segura jamás lograría cerrar.

—No tiene de que preocuparse, Olivia siempre ha tenido el carácter muy fuerte, y todo lo que está sucediendo la tiene muy consternada. Hemos hablado y se ha disculpado conmigo.

—Debo pedirte una disculpa en su nombre y en nuestro, sé que eres como una hermana para ella, cuando me contó su historia del orfanato, supe que había tenido una vida muy difícil. Perderla fue la tragedia más dolorosa de mi vida, cuando la recupere sabía que nos costaría mucho que se adaptará a este estilo de vida, por eso quiero pedirte que le tengas un poco de paciencia, Olivia te estima mucho, entre lágrimas me dijo que eras su hermana y tienen miedo de perderte.

—Eso no sucederá excelencia, ella es mi hermana también, mientras me siga necesitando no la abandonaré nunca.

—Me quedó mucho más tranquila. Y sigue en pie la oferta para la clase de pintura, le he dicho a Olivia que si le interesa le enseñaba, pero me ha contestado que esas cosas a ella le aburren.

Estaba claro, Olivia siempre había odiado realizar cualquier tipo de actividad manual o más cualquier cosa que requiera un esfuerzo. Para ella lo único a lo que debería de dedicarse una dama era a lucir preciosos vestido en los bailes de la temporada.

—De acuerdo, aquí estaré.

Salió del saloncito para ir a la habitación de Olivia, aún estaba dormida, así que corrió las cortinas preguntándose si a ella le gustaría estar sin hacer nada y durmiendo hasta muy entrado el día, supo en ese instante que definitivamente no. A pesar de que los ventanales dejaban filtrar bastante bien la claridad como para que se iluminara toda la habitación, Olivia no se movió ni un centímetro de su lugar. De hecho si se acercaba más estaba segura de que

escucharía un leve ronquido.

Sonrió pensando en que seguramente su amiga lo negaría rotundamente argumentando que las damas de sociedad nunca roncan. Y posiblemente no había nadie que les llevara la contraria. Suspiró mirando en dirección al establo a través de la ventana. Su mirada recayó sobre el hombre que había chocado con ella el día anterior. «Robert», pronunció en su mente, al verlo ahí de pie tan guapo, no lograba comprender porque vestía esas ropas tan finas para trabajar como cochero. Desde que llegó lo había visto pocas veces, siempre de reajo. Ahora que tenía de nuevo a su alcance su magnífica presencia, lo observó con detenimiento, era muy guapo. Y su corazón instintivamente de nuevo le estaba comenzando a latir de manera desenfrenada.

## Capítulo 8

Marian suspiró mirando a Robert pero sabía que eso estaba mal, una doncella no debía sentir ningún tipo de estímulo para con ningún hombre, a menos que fuera su esposo. Si alguien la miraba tonteando o suspirando por alguno de los empleados era posible que la castigaran en el menor de los casos, o que simplemente la pusieran de patitas en la calle.

Cuando Robert dirigió la mirada a la ventana, Marian se alejó de su campo de visión acercándose a la cama para mover a Olivia. Esta se levantó somnolienta.

—Es hora de tu baño para el paseo de la tarde.

—No sabes cuánto odio tener que bañarme a diario y tener que utilizar todas esas ropas. —dijo su amiga furiosa mientras se levantaba de la cama.

—Es cierto. Pero muchas matarían por tener lo que tú tienes.

—Incluida tú—escuchó que decía en tono mordaz.

Marian se quedó pensando en esas palabras, era inevitable no desear tener una vida de comodidades, pertenecer a un mundo al cual ella nunca podría acceder. Pero por mucho que deseara esa vida, jamás sentiría una envidia mal sana hacia su amiga.

—No te voy a negar que me llama la atención tu estilo de vida, pero por el momento estoy muy contenta en el lugar donde estoy.

—Siendo una pobre criada—Marian bajó el rostro para que Olivia no notara el dolor por sus palabras—.No me malinterpretes Marian pero debes de saber que la vida de una doncella no es con lo que habíamos soñado.

—Con lo único que he soñado es con ayudar a los demás y ser feliz en el lugar donde este. Simplemente eso.

—No creo que ser doncella en una casa sea un motivo de felicidad.

—Es un trabajo honrado, pero estaría muy avergonzada si tuviera que trabajar en una taberna, o en el puerto. Recuerda las historias que nos contaban en el orfanato. Tuvimos mucha suerte de que las hermanas nos adoptaran.

Mientras conversaban Marian ayudaba a Olivia a ponerse el corseé apretándolo tan fuerte para que su cintura fuera más pequeña. Las suaves capas de su vestido caían con soltura provocando que su amiga estuviera hermosa en verdad. Seguramente sería una de las debutantes más asediadas por los caballeros, y la envidia de las demás. Iba a salir corriendo de la habitación para ir por su chalina para salir acompañar a Olivia pero esta la detuvo.

—Marian, hoy no es necesario que me acompañes, Lady Sophie llevara su dama de compañía y otra doncella para hacer de carabina, así que no te necesitaré.

—Como tú dispongas Olivia. —hizo una leve reverencia y salió de la habitación.

Como no quería que se repitiera lo de la noche anterior, ya que las doncellas y demás sirvientes la miraban con la burla impregnada en la mirada, decidió que lo mejor era salir de la casa, por mucho que necesitara el trabajo no iba a dejar que la humillaran; así que si no querían su presencia en la cocina ella se dedicaría a solo atender a Olivia.

Caminó de nuevo con rumbo al lago, quería estar en completa intimidad para pensar acerca de su vida. Y también quería refrescarse un poco. Ahora mucho más tranquila pudo disfrutar del trayecto hasta llegar a las rocas que daban privacidad al lago.

Tendió la chalina que llevaba y se recostó admirando la intensidad del azul del cielo, de vez en cuando veía un ave pasar lejos de donde estaba. Recordó con cariño cuando ella y Olivia se recostaban en el jardín trasero del orfanato y jugaban a darle forma a las nubes. En ese preciso momento vio una nube que parecía un caballo, o por lo menos a ella se lo parecía.

Escuchó un ruido detrás de ella, fue muy tenue como el crujir de una rama al ser pisada, se levantó para ver quién era, pero no encontró ningún indicio de que alguna persona estuviera ahí. Tal vez su imaginación le había jugado una mala pasada. Cuando vivía en el orfanato siempre tuvo que cuidarse las espaldas, no es que se llevara mal con alguien, pero al lugar a veces llegaban niños mayores que ellas y algunos venían con algunos vicios de la calle. Así que siempre procuraron cuidarse las espaldas la una a la otra.

Las rocas realmente daban intimidación, esperaba que nadie anduviera merodeando. Comenzó a quitarse el vestido, quedándose en el fino camisón blanco. Soltó su apretado moño de cabello, y se zambulló en el lago saboreando el agua, aunque al principio el agua se sentía fría, pero conforme se fue sumergiendo en lo más profundo del agua su cuerpo se fue adaptando al cambio de temperatura.

Al principio comenzó a deslizarse de un lado para otro, sumergiéndose para salir después de unos minutos del agua, era algo tan liberador, le gustaba estar completamente bajo el agua y sentir el latir de su corazón en sus oídos. Salió a la superficie y se quedó flotando dejando que la luz del sol se posara en su rostro, a simple vista no se veía de tan profundo el lago, pero se podía nadar perfectamente.

Volvió a sumergirse en la profundidad, pensando en que por nada cambiaría ese instante, tal vez la próxima vez le diría a Olivia que la acompañara a ese refugio. Aunque no sabía si esas actividades aún le gustaban, ahora que era una dama de sociedad no creía que fuera posible que se escapara para nadar en un lago en medio del espeso bosque. No definitivamente Olivia estaba descartada era más probable que asistiera algún día de campo o alguna reunión para tomar el té. Estaba a punto de regresar a la superficie cuando algo la arrastró con tal fuerza que de la sorpresa abrió la boca tragando agua.

Sentía que le costaba respirar, y de pronto tuvo la imperiosa necesidad de toser, las arcadas que siguieron al esfuerzo por recuperar la respiración, le lastimaban la garganta. Ni siquiera era consciente de que alguien la había sacado del agua y la había depositado en la hierba que rodeaba el lago.

— ¿Estas bien? —esa voz llena de preocupación le alteró el corazón, era la misma voz que llevaba rondando en su pensamiento desde que había llegado a esa casa. Abrió los ojos tratando de enfocar la vista, ya que al sentir que algo la atrapaba abrió los ojos llenándose estos de agua.

— ¡¿Robert?!—pronunció entrecortadamente. Le dolía la garganta para pronunciar las palabras.

— ¿Qué sucede Marian? ¿Por qué demonios no salías del lago?—ahora parecía que estaba furioso—, ¿Qué pretendías hacer?

No comprendía el porqué de su enojo, solamente estaba disfrutando de la serenidad que daba el lago, las palabras «¿Qué pretendías hacer?» se colaron en su mente y entonces todo comenzó a tener sentido. Robert pensaba que estaba tratando de ahogarse en el lago. Nada más alejado de la realidad.

—Vas a explicármelo o lo tengo que imaginar todo. —escuchó que decía mientras se levantaba y comenzaba a caminar de un lado a otro.

—Estaba nadando, no entiendo tu pregunta.

— ¡No! , no estabas nadando, estabas en el fondo del lago, y ya llevabas bastante tiempo dentro de él.

—Estaba pensando solamente, me distraje por un segundo pero estaba bien. —las gotas de agua resbalaban por su rostro, mientras el reflejo del sol le daba un brillo especial.

— ¿Estabas pensando solamente? ¡¿Pensando?!—dijo prácticamente gritando, sin detener el paso en ningún momento—Marian, se piensa en silencio en la comodidad de una habitación, no dentro de la profundidad de un lago donde te puedes ahogar.

—Estaba a punto de salir.

Fascinada se quedó mirando su caminar, se dio cuenta de que tenía toda la ropa mojada por haber entrado en el agua. Al recordar la ropa, recordó su propia vestimenta y dio un grito ahogado al percatarse de que estaba frente a un hombre únicamente vestida con su camisón.



## Capítulo 9

No podía creer que estuviera frente a un hombre y en esas pintas, era algo indecente, bajó su mirada y se dio cuenta de que el camisón al estar mojado se transparentaba y se pegaba a su cuerpo como si de una segunda piel se tratara.

— ¿Qué sucede?—escuchó que decía Robert dándose la vuelta al instante para comprobar que es lo que la había asustado.

—¡¡No se gire, por favor!!—gritó logrando que Robert se volteara al instante—. ¡¡No me observe, estoy desnuda!! Es usted un indecente, un pecaminoso, debería haberme advertido que estaba desnuda.

Como pudo se puso el vestido gris que llevaba encima sin importarle que su camisón estuviera lo suficientemente mojado como para que en cuestión de segundos este también estuviera mojado. Su cabello estaba pegado a su cuerpo, pero lo que más le preocupaba era que Robert la había visto en paños menores. Y por más que lo quisiera disculpar, no era para nada decente lo que estaban haciendo. A su mente llegó el leve tono con el que él había pronunciado su nombre en los pocos encuentros que habían tenido, ella nunca le había dicho como se llamaba, se quedó tan sorprendida que por un momento dejó de protestar para que no se volteara. Momento que él aprovechó para girarse.

—No estabas desnuda Marian—dijo él acercándose a ella, hasta ponerse a su altura.

— ¿Cómo sabes mi nombre?—todo en esa situación estaba mal, posiblemente Robert era una persona mala y quería aprovecharse de una joven doncella e indefensa, pero lo que él no sabía era que sus dientes estaban tan afilados que fácilmente podían arrancarle un pedazo de carne, y ella lucharía con todas sus fuerzas si él la quería atacar.

—Investigué un poco con el ama de llaves. —fue lo único que dijo, estaba tan cerca de ella que por un instante se le cortó la respiración.

A pesar de que por su mente se le pasó el pensamiento de peligro, lo desechó al instante, en los ojos de Robert pudo ver que estaba realmente preocupado, la miraba como si quisiera comprobar que todo en ella estaba bien.

—No debemos de estar en esta situación, no es decente. —dijo sintiendo su corazón latir desbocado, Robert levantó su mano y la posó sobre su mejilla acariciándola, no era de manera impúdica, o un gesto con el que le estuviera faltando al respeto, no, de hecho con ese simple gesto por un instante en toda su vida se sintió protegida; sintió que alguien se preocupaba por ella.

—No tengas miedo Marian, no te voy hacer daño. —parecía que ese hombre adivinaba sus pensamientos, no era miedo a que la agrediera, más bien era miedo a pensar cosas que son meramente una ilusión.

No sabía si era el hecho de que su ropa estaba mojada, o porque el viento frío comenzaba a soplar, o tal vez el simple hecho de sentir la presencia de ese hombre junto a ella, lo que le provocaba un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

Robert pareció darse cuenta de que estaba temblando porque se acercó a su caballo donde llevaba un gabán que ella no había visto, colocandoselo en los hombros.

El olor que desprendía la prenda le inundó hasta quedársele grabado en la mente. Era un olor tan peculiar entre a tabaco y licor que inmediatamente sabría reconocerlo a kilómetros de distancia.

—Creo que es hora de regresar a la casa, de lo contrario notaran que no estás en tu puesto.

—Milady ha salido de paseo con sus amigas. Y para no tener problemas con los demás sirvientes he salido de la casa. —dijo tratando de justificarse,

lo que menos quería era que pensarán que era una persona irresponsable, ya bastantes problemas tenía con la enemistad del ama de llaves.

— ¿Has tenido problemas con alguien en la casa?—el tono de voz de Robert provocaba que perdiera el hilo de la conversación.

Levantó la mirada sorprendida por esa pregunta, estaba claro que si le contaba lo que había pasado la noche anterior, se crearían problemas.

—No, ninguno. —dijo evitando hacer contacto con su mirada para que no notara que estaba mintiendo.

—No me mientas Marian, si sucede algo debes decirme. —tal parecía que estaba entre preocupado y enojado, algo totalmente incomprensible cuando apenas unos días no se conocían.

—Es mejor que nos marchemos, como has dicho puede que a mí no me echen en falta, pero seguro que en los establos se darán cuenta de que el cochero no está.

—No lo creo, pero porque piensas que trabajo en la casa grande.

—Porque te he visto trabajar manejando el carruaje, ya no lo recuerdas, el día que fuiste a dejar los víveres al orfanato.

Él se quedó como recordando por un instante. —Claro, fue el día que la duquesa no pudo asistir a dejar los vivires.

—Mejor nos marchamos. —dijo ella queriendo huir de ahí, el aroma de ese hombre la estaba poniendo nerviosa, eso sin contar que la simple situación era comprometedor.

Vio que Robert se acercaba a su caballo y le tendía la mano a ella para que subiera, obviamente no hacía falta decir que ella ni muerta se subiera en un caballo. No es que les tuviera miedo, más bien les tenía pavor.

—No puedo ir con usted en el caballo, no sería decente. —ahora tenía una excusa para no subir con él.

—Por Dios Marian, nadie nos vera.

—Si milady nos descubre puede castigarme. —esas palabras parecieron surtir efecto en Robert.

—Está bien, pero te acompañaré mientras platicamos.

Marian no contestó únicamente comenzó a caminar por un lado de la vereda, dejando que Robert se posicionara a su lado mientras con las riendas jalaba el caballo. Estuvieron en silencio unos instantes, pero la tensión entre ellos era palpable.

—Cuéntame, de dónde conoces a milady.

— ¿A Olivia?...disculpe...quiero decir a lady Olivia...—dijo tratando de encubrir su falta, nadie debía saber que ella llamaba a su amiga sin su título— vivíamos juntas en el mismo orfanato.

— ¿Se conocen desde muy chicas?

—Desde siempre, ambas fuimos encontradas el mismo día en la puerta del orfanato. Nos criamos juntas e hicimos muchas locuras y travesuras juntas. Por eso en cuanto Olivia no fue a ponerse en contacto conmigo me preocupé demasiado.

—Y por qué estás trabajando en la casa como una doncella, en lugar de estar ocupando un lugar mejor.

—No hay lugar mejor que en el que estoy. El puesto de doncella principal incluso me queda grande.

—Es por eso que tiene problemas con los demás del servicio.

Ella no contestó, no quería ningún tipo de problema, y aunque su instinto le dijo que podía confiar en él, era mejor no arriesgarse.

—Contéstame Marian, alguien del servicio te ha tratado mal.

—No, de ninguna manera Robert, nadie me ha tratado mal.

—Escúchame bien Marian, si por alguna razón alguien te llega hacer algo o a dañarte tienes que comunicarlo al instante.

No entendía en que la podía ayudar un simple cochero, pero la intensión

era buena, así que le sonrió en agradecimiento. Caminaron con paso pausado hasta que se comenzó a despuntar la silueta de la casa grande.

—Desde aquí puedo seguir yo sola. —dijo tratando de que su voz no sonara nerviosa.

Robert detuvo su caballo y la miró fijamente antes de volver a decir:

—De acuerdo, pero no lo olvides, si alguien te falta al respeto dímelo.

—Gracias.

Después de esa simple palabra caminó cuesta abajo, sintiendo que su mirada la perseguía a cada paso que daba, suspiró pensando en que era rara esa opresión que sentía en el pecho. Era como si de pronto el aire se quedara prisionero en sus pulmones, y necesitara liberarlo pero algo se lo impedía, al mismo tiempo sentía una inmensa alegría dentro de ella.

## Capítulo 10

Por suerte nadie la vio llegar, porque de lo contrario se metería en serios problemas al darse cuenta de que no le había devuelto el gabán a Robert. En cuanto llegó a su habitación, se desvistió para ponerse ropa seca. Después salió a ver si ya había llegado su amiga, pero aun no regresaba, según palabras de la duquesa: había enviado una misiva diciendo que una de sus amigas la había invitado a comer y no llegaría hasta él té de la tarde.

Ese día todo transcurrió de maravilla, y por extraño que pareciera un raro sentimiento se instaló en su corazón, no quería pensar ni darle ningún significado o nombre porque era algo tonto, el simple hecho de cruzar palabra con un hombre una vez, no significaba nada.

Al día siguiente muy temprano se levantó para tomar su primera clase de pintura, el día anterior había notado algo inquieta a Olivia, como distraída o preocupada por algo, pero cuando se lo preguntó simplemente le dijo que era algo que a ella no le importaba. Así que ese día seguro amanecía con jaqueca y no quería que la despertaran tan temprano. La duquesa le tenía una paciencia infinita a la hora de enseñarle a manejar las pinturas y los pinceles. La duquesa le dijo que empezarían a trazar líneas suaves sobre el lienzo, y le enseñó la manera correcta de sostener el pincel. Marian literalmente estaba asombrada, era maravilloso todo lo que estaba aprendiendo.

Después de limpiar los pinceles y dejarlos guardados estaba a punto de salir cuando un hombre alto y delgado entró en la salita sin tocar siquiera. Marian se quedó asombrada, ese rostro le parecía conocido, y el corazón le saltó en el pecho como si reconociera a ese hombre de toda la vida.

—Querido, ¿qué haces levantado?

Marian estaba tan asombrada con el rostro de ese hombre que se quedó parada en el mismo sitio como si estuviera anclada a las baldosas.

—Te estaba buscando, me ha parecido que te levantaste muy pronto del lecho. Y estaba intrigado por saber que era lo que te había sacado de la cama.

Obviamente el duque ni siquiera reparó en ella, una simple doncella no llamaba mucho la atención. Miró como el duque se acercaba y depositaba un dulce beso en los labios de su esposa.

—Quería pintar sólo un poco, y Marian ha aceptado tomar clases de pintura. —como si en ese instante el duque se percatara de su presencia, giró su mirada hasta donde se encontraba.

—Así que tú eres la amiga de nuestra pequeña.

—Excelencia. —dijo haciendo una perfecta reverencia, sentía una punzada de envidia al escuchar que llamaban a su amiga con ese apelativo tan cariñoso como el de pequeña. Lo que ella daría por tener a alguien en su vida que la quisiera de esa manera.

—Cariño debes estar agotado, sabes que no debes de levantarte mucho tiempo de la cama.

—Esposa, no me reprendas, hoy he amanecido con muchas energías. Un placer saludarte Marian. Ahora si me disculpan voy a dar una vuelta por los alrededores.

—Te acompaño querido, no me gustaría que algo te sucediera.

Ambos salieron del saloncito dejándola para que terminara de limpiar los instrumentos que había utilizado. Después de comprobar que todo estaba perfectamente ordenado, salió del saloncito con un extraño sentimiento, era como si una pieza de su vida se hubiera colocada en el sitio donde encajaba. No tenía ni la menor idea de que era, sólo que sentía una extraña opresión en el pecho.

Olivia aún seguía dormida, descorrió las cortinas porque ya era demasiado tarde, como seguramente no bajaría a desayunar, bajó a traer una charola con el desayuno. Obviamente ella tuvo que preparar todo, porque

ninguna de las que estaban ahí era capaz de ayudarla. Pero Marian lo hacía con gusto todo por estar cerca de su hermana.

Cuando llegó a la habitación por fortuna Olivia no protestó por levantarse, de hecho se levantó y se vistió sin ningún reproche o regaño. Estaba como sumida en sus pensamientos.

— ¿Qué es lo que sucede Olivia? Desde ayer te he notado extraña. — preguntó con cautela, lo que menos quería era un enfrentamiento con ella.

Olivia parecía en un trance, mirando fijamente al espejo mientras ella le cepillaba el cabello. Al ver que no le prestaba atención, la tomó por el hombro provocando que diera un salto del susto.

— ¿Qué sucede? Por qué me asustas.

—Te he preguntado que si te sucedía algo, desde ayer estas muy rara, incluso ahora no escuchabas todo lo que te he dicho, es como si estuvieras ausente.

—Son imaginaciones tuyas—dijo su amiga acariciando el hermosos relicario que un día había sido de ella—, me encuentro perfectamente ahora date prisa, quiero bajar a saludar a mis padres.

Marian continuó cepillando el cabello castaño de Olivia hasta dejarlo brillante, pensando que extrañaba mucho no poseer el camafeo que había pertenecido a su familia. Pero era el precio que se tenía que pagar por un error. A ella no le quedaba más que aceptar que nunca volvería a ser suyo.

El pensamiento de que quería encontrar a su familia cada vez tomaba más fuerza en su mente, desde qué había visto el cariño que le tenían los duques a Olivia, supo que quería lo mismo, quería sentir que pertenecía a un lugar.

—Olivia, te puedo pedir un favor—lo había pensado desde días antes pero solo ahora se atrevía a pedir algo—, tal vez pienses que es algo absurdo, pero quiero saber si me puedes ayudar a encontrar a mi familia.

Su amiga la miró asombrada, lamentablemente Marian no tenía alguien más



a quien pedirle ayuda, y si Olivia le tenía algo de estimación, estaba segura que la ayudaría.

—Estás loca, seguramente serán unos aldeanos muertos de hambre. ¿Para qué quieres conocerlos?

Marian apretó los labios de disgusto, sabía que no era difícil pedir ayuda a alguien, pero que tu mejor amiga, tu casi hermana te diga palabras como las que le acaba de pronunciar Olivia dolía, y dolían mucho. Apartó la mirada para que su amiga no se diera cuenta del daño que le había causado, en su imaginación e inocencia, pensó que su amiga le diría que sí, que la ayudaría con mucho gusto a buscar a su familia. O por lo menos pensó que hablaría con los duques para que contrataran a un detective.

—Marian—escuchó que le decía Olivia con tono arrepentido—, no quise hacerte sentir mal, pero no quiero que te lleves una decepción al ver que no tienes la misma suerte que yo. Sé que para ti, mi buena suerte es como un cuento mágico, pero que pasa si tu familia es muy pobre y por eso te dejaron abandonada en el orfanato. No todas tenemos la misma fortuna—Marian era consciente de eso, pero lejos de lo que su amiga decía, ella no era una persona que añorara tener riquezas o posesiones, ella quería amor—. Y no quiero que te alejes de mí.

Esa frase hizo que Marian mirara a su amiga, en sus ojos pudo ver reflejado el miedo a perderla.

—No seas tonta, nunca te abandonaría.

—Claro que si, en cuanto tu familia aparezca te olvidarás de mí. —dijo su amiga con lágrimas en los ojos, logrando que Marian ahora se sintiera culpable por haberla hecho llorar.

—Eres mi hermana lo recuerdas, nunca te traicionaría o abandonaría, al igual que tú eres igual para conmigo. Nunca te atreverías a traicionarme.

—Sabes que no Marian—dijo Olivia tomándole de las manos, como

cuando eran niñas y hacían un pacto—, somos hermanas, recuérdalo siempre Marian. Ahora bajaré a buscar a mis padres, y para que veas que si te quiero ayudar, platicaré con ellos para ver si nos pueden ayudar.

Marian sonrió ilusionada, esa era la Olivia de siempre, su amiga, su hermana.

# Capítulo 11

El domingo era el único día que tenía libre, aunque no todo porque primero tenía que atender a Olivia, y después podía ir a misa, así como salir a dar una vuelta. Aunque ese domingo era diferente, ya que los duques y Olivia se embarcaron para hacer un rápido viaje con el único propósito de conseguir el vestuario de Olivia para su presentación. Marian se estaba preparando para salir con ellos, pero Olivia pareció pensárselo mejor y decidió que ella mejor se quedara en la casa. Cuando le preguntó el por qué, Olivia le dijo que si iba con ellos, sus padres se verían comprometidos a comprarle algo de vestuario a ella también en agradecimiento, pero como la situación en la casa no era muy enriquecedora, prefería que se quedara para que sus padres no gastaran de más.

Marian pensó que su amiga hacía lo correcto, además de que ella no necesitaba ningún tipo de vestuario, los duques ya hacían suficiente con dejarla estar al lado de su amiga.

El viaje tardaría algunas semanas, así que ese era el primer día que estaba libre al completo. Esperó a que los demás criados de la casa se marcharan al pueblo, y bajó a la cocina para tomar en una canasta algo de fruta, queso y pan. Estaba decidida a disfrutar del día.

Caminó a través de las veredas del bosque hasta llegar al lago. Ese lugar era su favorito por mucho, depositó la cesta en el suelo, y extendió una manta cuadrada. Sacó un libro que había tomado de la biblioteca del duque, esperaba que no se enojara, pero ya en alguna ocasión anterior la duquesa le había dicho que si le gustaba leer, ya que el duque era un ávido lector, y poseía gran extensión de volúmenes de diferentes temas, los cuales estaban disponibles para ella.

Aunque una cosa es que te lo digan por cortesía y otra es que en verdad sea de esa manera, pero Marian no iba a dejar pasar la oportunidad de leer un buen libro. Eligió uno que hablaba de viajes sobre el mar, y fascinada comenzó a perderse entre las paginas donde narraba la vida de los marineros y los piratas. Tan enfrascada estaba en el libro que no se dio cuenta de que alguien la estaba observando, mientras se bajaba de un caballo. Por un instante Marian se imaginó lo que sería estar en un barco, si era honesta el hecho de hacer un viaje en barco con Olivia la había emocionado muchísimo, pero tenía que ser comprensiva con la situación. La duquesa de hecho se pasaba horas diciendo que era un sueño hecho realidad que los tres salieran en su primer viaje como familia. Y obviamente Marian no quería incomodar con su presencia.

—Debe de ser el libro más entretenido del mundo—Marian dio un grito del susto, que se debió escuchar hasta el pueblo—, perdona no quería asustarte.

—Robert—dijo poniendo una mano en su pecho, su corazón comenzó a latir desenfrenado, pero dudaba que fuera por el susto.

—Perdona, pasaba por aquí y te he visto.

—Descuida. Ha sido que estaba muy concentrada en el libro.

Ambos se quedaron en silencio, como si no supieran muy bien como reaccionar.

—¿Te puedo acompañar? —dijo Robert cortando el momento.

—¿No asistes con los demás al pueblo? Creía que los llevarías tú.

—Todos van a la iglesia, y yo no soy bien recibido en la casa de Dios.

—No digas eso, todos somos recibidos en la casa de Dios.

—Yo no Marian. — la amargura en esas palabras hizo que lo mirará por un instante, parecía dolido.

—No te creo capaz de hacer algo tan malo como para que no puedas entrar

en la iglesia.

—A veces únicamente hace falta estar en el momento equivocado o en el lugar equivocado. —dijo tomando un piedrita y lanzándola al lago.

Marian no quería pecar de indiscreta, pero ahora estaba intrigada. — ¿Qué sucedió Robert?

Él no contestó, simplemente se quedó mirando el lago, ella observó su cabello negro que estaba despeinado, como si acabara de pasarse las manos por él. Sus ojos firmemente clavados en el agua cristalina, parecía que estaba reviviendo momentos dolorosos, y se sintió culpable por hacerle recordar con su indiscreción.

—No tienes que contarme nada, discúlpame por ser tan indiscreta.

—No tiene importancia, es sólo que a veces duele darte cuenta de que los que creías que eran tu familia te abandonan.

—A mí también me abandonaron desde pequeña. Pero eso no hace que me derrumbe.

—Créeme en este mundo no hay nada peor que ser rechazado por todos; incluida tu familia.

Marian lo pensó y estuvo de acuerdo con esa frase, a veces la soledad de no poder confiar en nadie era lo peor que te podía pasar. Estuvieron unos minutos en silencio sumidos cada uno en sus pensamientos.

—Tienes hambre, he traído algo de la cocina.

—Disfrutando del viaje de milady.

—Se acaba de ir y ya siento que la extraño, nunca nos habíamos separado. Sin contar cuando ella venía a trabajar aquí como doncella.

—Un milagro muy favorable para los duques. Encontrar a tu única hija después de muchos años debe de ser lo mejor que les pueda pasar.

—Estoy muy contenta por Olivia...digo por milady.

—Supongo que estarán acostumbradas a llamarse por su nombre, así que

no importa si no utilizas su título cuando ella no está presente.

—Llevas mucho trabajando para su excelencia.

—Llegué hace poco más de dos años. —dijo en tono amargo. Así que supo que no le gustaba su empleo.

— ¿No estás a gusto trabajando?—dijo mientras sacaba el pan y el queso dándole un trozo de cada uno.

—No es eso, pero no me conformo con el lugar en el que estoy. No es mi vida.

Marian hizo una mueca, sabía perfectamente lo que eran las ganas de superarse, pero para las mujeres no había grandes oportunidades.

—Algún día nos sonreirá la suerte.

—Estoy deseándolo.

Estuvieron parte de la mañana platicando sobre sus gustos y actividades, y así se enteró de que a Robert le gustaban y era apasionado a las carreras de caballos.

Entre líneas supo que había tenido problemas en los que se vio envuelta una dama. Así que supuso que ese era el motivo de su mala suerte. Como no estaba sola, Marian ya no pudo nadar en el lago, no era decente que ella estuviera ahí en compañía de un hombre soltero, y ella era una doncella que a la debían respeto.

Únicamente esperaba que nadie pasara por ahí, porque de ser sorprendidos en esa situación tan comprometedora ambos tendrían problemas.

— ¿Cuáles son tus planes para el futuro Marian?

—Quiero buscar a mi familia, quiero tener lo mismo que Olivia. Aunque ella me va ayudar, me ha dicho que posiblemente sean aldeanos con carencias.

— ¿Y eso tendría alguna importancia?

—Ninguna. Solo quiero saber de dónde provengo y el motivo de porque me abandonaron.

—A veces hay mujeres a las que no les queda otra opción que abandonar a sus hijos, ¿Tu que harías en el caso de una mujer sin recursos que no tiene ni para comer?

De solo imaginarlo se estremecía, no era tonta, aunque no había salido del orfanato, sabía que en los barrios que estaban por el puerto, y los que rodeaban Londres abundaba la pobreza.

—No lo sé, tendría que estar muy desesperada para alejarme de un hijo. Pero necesito estar en los zapatos de esas mujeres para poder juzgarlas.

—Y te desharías de un bebé antes de nacer, solo porque el padre de la criatura ha caído en desgracia.

—No, nunca haría lago así.

—Pues hay mujeres que lo hacen, no les dan la más mínima posibilidad de nacer.

Marian suspiró pensando que Robert guardaba más recuerdos dolorosos que ella. Si por ella fuera estaría ahí platicando con él todo el día, pero no era correcto, así que aunque no quisiera, se levantó para regresar a la casa.

## Capítulo 12

Al siguiente día Marian volvió a caer en la tentación de regresar al lago, aunque esta vez lo hizo por la tarde, llevando consigo de nuevo una canasta. Esta vez se aseguró de llevar comida suficiente para una merienda que alcanzara para dos personas. Tenía la esperanza de que Robert apareciera por ahí. Lo había visto trabajar con los caballos por la mañana, y a media tarde fue a realizar un encargo del duque. Aunque si no se presentaba para Marian significaba la oportunidad meterse a nadar; alejó de su mente el pensamiento de que si no iba se sentiría decepcionada, estaba claro que comenzaba a imaginar cosas que no eran. Pero la intimidad que habían compartido el día anterior no la había tenido con nadie. Ni siquiera con Olivia.

Llegó al lago y se decepcionó al encontrarlo solo, y no entendía ese sentimiento cuando bien sabía que Robert estaba en una diligencia.

Extendió la mantilla de nuevo y se dispuso a disfrutar de la lectura que había dejado pendiente, por la noche había tratado en vano de continuarla sin éxito alguno; siempre que trataba de comenzar a leer en su imaginación aparecía el rostro de Robert y entonces comenzaba a recapitular todos los momentos vividos con él.

La tristeza que vio en sus ojos no la abandonaba en ningún instante; era como si algo muy grave le hubiera pasado y esto lo hubiera marcado para toda la vida. Cuando sintió que ya había pasado un tiempo suficiente sin que él llegara, se dijo que ahora si podría disfrutar de un baño en el agua que estaba fresca.

Se quitó el vestido gris opaco, y lo dejó tendido sobre la mantilla, se deshizo el moño tirante que presionaba su cabello; quedándose únicamente con su camisón, pero esta vez estaba preparada, se había puesto dos camisones en lugar de solo uno.



Se sumergió en el agua y aunque al principio estaba fría, poco a poco su cuerpo fue adaptándose al cambio de temperatura. Aunque el sol había estado en su máximo esplendor, los árboles que protegían al lago no dejaban que los rayos dieran directo sobre el agua. Se metió de cuerpo entero para que su cabello se humedeciera, y después con mucho cuidado nadó de un lado a otro. Si Olivia la estuvieran observando la reprendería por compartirse de una manera tan poco femenina.

La nostalgia la comenzó a invadir al recordar a su amiga, únicamente esperaba que el viaje no durara tanto. Seguramente su amiga estaría viviendo la mejor aventura de su vida. Comprar vestidos lujosos, joyas, conocer a personas importantes de la alta sociedad, era el sueño máximo de su amiga y ella se alegraba. Tan sumida estaba en sus pensamientos, que no escuchó que alguien se zambullía en el lago hasta que esa misma persona la tomó por sorpresa de los hombros.

—No te asustes—escuchó que le decía Robert, quien también estaba dentro del lago.

Su corazón como siempre le sucedía cuando estaba en su presencia comenzó a latir desbocado. En cuanto se recompuso del susto sonrió como una tonta porque había ido a verla. Tal vez fuera una tontería pero se alegraba en verdad de que estuviera ahí.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?—dijo alejándose un poco de él, sentir el calor que el cuerpo de Robert desprendía a pesar de estar bajo el agua le provocaba cierto nerviosismo.

—Intuición. Supuse que te gustaría disfrutar de la tarde.

Se miraron a los ojos fijamente y Marian pudo sentir que una extraña sensación se apoderaba de ella, era como si con la mirada se dijeran palabras que no eran expresadas. Las gotas de agua resbalaban por el rostro perfilado de él, dándole un brillo especial al estar en contacto con la luz del sol. Era

algo digno de ver, Robert era un hombre muy varonil, muy masculino, tal y como debe ser un caballero. Por un instante tuvo la imperiosa necesidad de acercarse a él y besarlo. En sus labios tenía gotas de agua, que la incitaban a pensar qué sabor tendrían.

Si las hermanas del orfanato escucharan sus pensamientos seguramente la reprenderían y mandarían a darle por lo menos diez azotes.

—No me mires de esa manera Marian, estoy tratando con todas mis fuerzas de comportarme como un caballero.

Marian se ruborizó, nunca pensó que fuera tan evidente el deseo que se apoderó de ella por unos instantes. Seguramente Robert pensaría que era una mujer de la vida alegre que le gustaba tontear con todos los hombres.

—No...—dijo pausadamente sin tener la menor de idea de cómo proseguir una charla, la vergüenza la estaba invadiendo—, no fue mi intención incomodarte.

Él pareció meditar sus palabras para después mirarla alzando una ceja en señal de incredulidad.

—Desde el primer día en que coincidimos, me pareciste la muchacha más tierna y atractiva que yo hubiera visto. Y me gustas mucho Marian, pero necesito comportarme como un caballero. Pero si me sigue mirando de esa manera tan especial, me vas a dificultar mucho el trabajo.

Esas palabras lejos de asustarla le provocaron un leve cosquilleo en el estómago.

—No creo que sea correcto que me digas esas palabras.

—No... no lo son, pero sabes que no avanzaré más allá de lo que tú me lo permitas.

Ese era el momento perfecto para salir huyendo, cualquier mujer que se considere medianamente decente detendría las intenciones del hombre y le dejaría en claro que debía alejarse y no volverse a dirigir a ella en lo que le

restaba de vida. Sin embargo en contra de su buen juicio, estaba a punto de cometer una locura.

—Y si yo quiero que avances.

—Tendrías que estar completamente segura, por el momento solo puedo ofrecerte que comencemos a conocernos, un paseo por el pueblo, algo en lo que los dos nos sintamos a gusto. De verdad me gustaría comenzar las cosas de la mejor manera. Ya me equivoque una vez en la vida y lo he pagado muy caro.

—Por suerte no pertenecemos a la alta sociedad. Nadie nos juzgara.

—Por el momento es mejor que nadie se entere de que nos estamos conociendo, o que nadie sepa de nuestros encuentros. No quiero que tu reputación salga dañada.

—De acuerdo. —dijo ella conmovida porque el pensara en ella.

—Te parece que este sea nuestro refugio, aquí nadie nos podrá molestar.

—Me parece perfecto. Esperaré impaciente.

Marian se dio la vuelta y comenzó a nadar a la orilla del lago, sonriendo de felicidad. Escuchó detrás de ella que Robert se reía mientras comenzaba a nadar. Salieron del agua y comenzaron a secarse, Marian detrás de unas rocas se vistió procurando que Robert no se diera cuenta. Pero sabía que era un caballero y estaba de espaldas a ella secando su camisa.

A pesar de contar con toda la confianza de que él no le faltaría al respeto, se vistió lo más rápido posible, Marian recordada como le había dicho que quería que avanzara. Posiblemente el pensaría que era una mujer sin moral.

Se sentaron en la mantilla y esta vez el también llevaba una cesta de comida.

—No era necesario, he traído suficiente para los dos.

—He pasado por mi casa y se me ha ocurrido que tal vez quieras probar unos bocadillos que hace la cocinera.

— ¿No vives en Stratfield Saye?—dijo haciendo referencia a la casa de los duques, aunque ella eso de nombrar a una casa por un nombre tan complicado no le gustaba, por eso siempre que podía se refería solo como la casa grande.

—No, de hecho tengo mi propia casa, a las afueras de la propiedad del Lord Wellesley.

—Que complicado es todo eso de los títulos y nombres. Lo único bueno de no pertenecer a ese círculo es que podemos ser nosotros mismos.

— Lady Olivia se ve muy a gusto con todo ese circo.

—Ella siempre soñó con llegar a pertenecer a la alta sociedad, creo que lo traía en la sangre. Olivia sufría mucho en el orfanato. Toda una vida de miserias, decadencias, de regaños y castigos la hacían querer buscar una mejor calidad de vida.

—Fue una suerte que la duquesa la encontrara, nadie se esperaba que después de casi veinte años reconociera el camafeo que le robaron al mismo tiempo que le robaron a su hija.

Marian al escuchar esas palabras se atragantó con el pedazo de queso que estaba degustando, trataba de respirar con normalidad pero sentía que algunos pequeños trozos le impedían respirar. Robert al ver que su rostro comenzaba a ponerse de un tono morado, le dio unas palmaditas en la espalda, ofreciéndole una copa de vino.

Por suerte no pasó a mayores, el vino comenzó a aligerar su garganta, y comenzó a respirar con normalidad. La mirada preocupada de Robert estaba posada sobre ella, provocando que un escalofrió le recorriera el cuerpo.

—Estas bien Marian.

—Sí, estoy bien.

Sin saber cómo o cuando, los labios de Robert se posaron sobre los de ella provocando que miles de estremecimientos le recorrieran todo el cuerpo.

Nunca imaginó como sería la primera vez que le dieran un beso, pero lo que estaba sintiendo en ese instante superaba todo más allá de la imaginación.

## Capítulo 13

Los días pasaban con demasiada prisa para su gusto, se había establecido una rutina para ella; por las mañanas se dedicaba a trabajar en la casa sin toparse con ninguno de los empleados. El único momento en el que se notaba la tensión en la casa era a la hora de las comidas, nadie le hablaba y la miraban como si fuera una apestada, pero por lo menos no le negaban el plato de comida. Por las tardes acudía al lago, y se encontraba con Robert, pasaban horas platicando, o leyendo algún libro, los momentos que más esperaba era cuando él le robaba un beso fugaz, o el momento de despedirse; ahí los besos ya no eran tan fugaces. Según Olivia el viaje solo duraría unos días, pero ya casi pasaba un mes desde su partida, días antes le había llegado una carta por parte de ella donde le expresaba lo contenta que estaba.

Pero por la cabeza de Marian rondaba el pensamiento de las palabras dichas por Robert; confiaba en Olivia, era su hermana y sabía que no la traicionaría de una manera tan ruin. Quería creer que Robert había entendido mal, no era posible que el camafeo perteneciera a la duquesa porque de ser así; Olivia estaría usurpando un lugar que no le correspondía.

Lo único malo es que no quería causar un conflicto con él, por eso no se atrevía a preguntarle abiertamente sino estaba equivocado. Otro asunto que también andaba rondando en la cabeza de Marian es que mientras más conocía a Robert más sentía que le ocultaba cosas. Y esa sensación le daba miedo, porque eso solamente significaba que no le tenía la suficiente confianza como para platicarle sus problemas. Siempre que le preguntaba evadía las respuestas robándole un beso, o haciendo un gesto restándole importancia. Y aunque ella en la mayoría de los casos trataba de darle su espacio siempre se quedaba entre intrigada y dolida.

Pero estaban comenzando una relación así que tenían que ir con calma, pensó mientras veía a Robert desmontar su caballo y atarlo al tronco de un árbol.

La tarde era esplendida, el sol adornaba el inmenso cielo sin una nube que opacara su presencia. En cuanto estuvo a su lado, le dio un tierno beso que le supo a gloria. Lamentablemente para los dos ya no era suficiente con esa simple caricia, necesitaban más y más. Robert la tomó por la cintura trayéndola más a su cuerpo. Marian no quiso, ni tampoco pudo detenerlo, era como si la necesitara más que a nada en el mundo.

Los labios de él bajaban por su cuello logrando que ella contuviera la respiración, sus manos la acariciaban por encima del vestido. Ese vestido tan gris y apagado, que ella estaba comenzando a odiar. Se recostaron sobre la manta que estaba tendida sobre la suave hierba, por un segundo Marian quiso decirle que parara, que no era lo correcto pero ella también lo deseaba. No se conformaba con que la besara, necesitaba sentir sus caricias, sentir el roce de piel.

Robert alejó sus labios de su cuello, y la miró fijamente para comprobar que estaba bien. O más bien para comprobar si ella quería seguir. En ese preciso instante supo que no hacía falta mucho tiempo para amar a una persona; basta una simple mirada, para saber a quién pertenecemos.

Y Marian pertenecía a Robert, lo demás que los rodeaba en ese preciso instante le importaba muy poco. Posó sus manos sobre el rostro de él acariciándolo con suma ternura. Y él no necesitó más respuesta, sus labios se unieron en una candente danza que la estaba llevando a la locura.

Sabia por los libros que estudiaban en el orfanato lo que sucedía entre un hombre y una mujer, pero no porque les dieran algún tipo de clases, no, más bien porque un día mientras cumplían un castigo limpiando todos los libros, encontraron esa información que las dejó desconcertadas.

Ahora mientras estaba recostada mirando a Robert a los ojos, todo cobraba sentido, los botones de su vestido fueron saliendo de su ojal con una lentitud, que le daban ganas de decirle que ella los desabrochaba. Era algo inusual en ella, que se caracterizaba por tener una paciencia infinita, pero con ese hombre tal parecía que toda la educación de la que se creía poseedora, se evaporaba al instante.

A los botones, le siguió el lacillo que cerraba el cuello de su camisón, y sus faldas fueron alzadas para que sus piernas quedaran al descubierto. Ni siquiera le preocupaba que alguien pudiera verla en esa situación tan incómoda. Porque para ella, ahora todo era correcto. Sus cuerpos se unieron de una manera casi sublime, y aunque Marian sintió que se desgarraba por dentro cuando él entró en ella rompiendo la barrera de su virginidad, tuvo muy claro que todo el dolor valía la pena. Tal vez fuera una tonta enamorada, pero después de esa entrega total sentía que su amor por él se había multiplicado.

Esa era la magia del amor, y esa precisamente era la magia de Robert, a su lado en los pocos instantes que pasaban juntos Marian se sentía amada y protegida. Para ella lo único cierto y verdadero era el amor que tenía por él.

— ¿Estas bien?—preguntó Robert después de que la cubriera con su gabán, no estaba desnuda ya que no llegaron a quitarse las vestimentas más que para lo estrictamente necesario. Pero la cubrió porque comenzaba a tiritar de frío. La noche estaba a punto de caer por lo tanto la temperatura estaba comenzando a descender.

—Estoy perfecta, nunca pensé que algo tan hermoso me pudiera pasar a mí.

—Tú sí que eres hermosa. —estuvieron unos instantes más abrazados, escuchando el compás de los latidos de sus corazones. Los grillos comenzaban su cantico anunciando que era la hora de regresar, y las luciérnagas hacían su aparición sobre el lago, como si miles de estrellas



hubieran bajado hasta donde estaban ellos y pudieran tocarlas con las manos. Si tuviera que elegir el momento más perfecto de toda su vida, sin duda elegiría ese instante.

El camino de regreso lo hicieron prácticamente a oscuras, solamente iluminados por el resplandeciente brillo de la luna. Antes de llegar a los establos como casi todos los días, se despidieron dándose un beso que cada día era más difícil de terminar. La actividad en la casa era inusual, pero tan sumida estaba en sus pensamientos y en su alegría de saber que Robert la correspondía, que no se dio cuenta de que el carruaje del duque estaba justamente frente a la casa mientras los lacayos bajaban los baúles de su excelencia.

Fue el ama de llaves la que la sacó de su nube de felicidad. —Hey tú, estúpida. Milady te está esperando para que la atiendas, llevamos horas buscándote. Sube a ver que se le ofrece a te daré otro castigo como la vez pasada.

Subió las escaleras que la llevaban hasta la habitación de Olivia, tocó suavemente la puerta por si estaba acompañada de alguien. Afortunadamente no se encontraba con nadie de su familia, solo una doncella del piso inferior estaba sacando de los baúles varios vestidos y cajas de sombreros y los estaba colocando en el armario.

—Me llamaba milady. —dijo haciendo una reverencia.

— ¿Dónde te has metido? —preguntó Olivia con el ceño fruncido—Marla, deja lo que estabas haciendo, ya lo termina Marian.

Ni un gracias, o un por favor, las doncellas y criados no merecían ni el más mínimo respeto por parte de sus señores.

—Te he preguntado ¿Dónde estabas Marian? Porque cuando llegue no estabas aquí para recibirme.

—Salí a dar un paseo.

— ¿De tres horas?—preguntó incrédula.

—No sabía que regresarían hoy. —dijo ella tratando de mantener la calma.

— ¡¡Desde cuando los señores tenemos que dar explicaciones a los criados!!

Marian respiró profundo tratando de mantener la calma, Olivia estaba radiante con un vestido en tonos color amarillo pastel que lograba hacer que su piel reluciera aun más, tal vez también había comprado algún producto de belleza, parecía realmente una dama de sociedad. Inconscientemente Marian se llevó una mano al pecho como buscando su camafeo, pero no lo encontró; ahora lo llevaba Olivia, ese simple gesto trajo a su mente las palabras de Robert.

Se debatía entre pedirle una explicación en ese instante o dejar que la furia abandonara su cuerpo. Observó detenidamente a su amiga, a la única persona que ella consideraba su hermana. No era posible que fuera capaz de hacer una bajeza de tal magnitud. Olivia sabía lo importante que era para ella ese camafeo, era el único laso que tenía con su familia, por ese motivo precisamente se lo había entregado a ella, al considerarla su único familiar era lógico que le heredara la única posesión más valiosa que ella tenía.

Lo sentía en el alma, tal vez su amiga no se lo tomara de la mejor manera, pero tenía que saberlo; y cuanto antes mejor.

—Olivia—dijo ignorando que su amiga estaba que trinaba de la rabia—, es verdad que la duquesa supo que eras su hija por el camafeo que yo te regale.

## Capítulo 14

Un tenso silencio se apoderó de toda la habitación, Marian estaba de pie parada junto al dosel de la cama de Olivia, mientras está estaba sentada frente a su tocador, los ojos de su amiga huían de su mirada.

—¿Qué clase de absurda tontería es esa? ¿De dónde has sacado semejante estupidez?—la voz de su amiga estaba alterada, detalle que no pasó desapercibido para ella.

—La servidumbre ha dicho que es una suerte que la duquesa te reconociera la portar el camafeo que me pertenece.

—Eso no puede ser, ¡mienten! ¡Todos mienten!—gritó su amiga levantándose del banquillo comenzando a caminar de manera nerviosa por toda la habitación—, no puedes creerle más a la servidumbre que a mí, que soy como tu hermana. ¡No Marian!, tú debes de creerme a mí.

Suspiró pensando que ahora venía el chantaje emocional, siempre era la misma solución de Olivia.

—Te creo Olivia, pero si estas tan segura de que dices la verdad entonces no te importara que le preguntemos a la duquesa por la manera en que reconoció que eres su hija.

Olivia palideció escuchando sus palabras. —Que ganarías con eso Marian, solo quedar en ridículo, sería tu palabra contra la mía. Me ofende esa muestra de desconfianza ¡¿Quién te ha metido esas ideas para hacer que lo despidan?! Padre esta delicado de salud y que se ponga en duda si soy su legitima hija sería un disgusto que lo podría llevar a la tumba.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo. —dijo Marian dando la vuelta para salir de la habitación, antes de que pudiera dar un paso fuera de ella, Olivia la tomó del brazo deteniéndola.

— ¿Qué pretendes Marian?

—Saber la verdad. Únicamente la verdad Olivia.

—No puedes hacer esto. No puedes hacerme esto, yo no quería que esto se me fuera de las manos. Pero la duquesa no me dejó aclarar la situación, en cuanto vio el camafeo se puso a llorar y al ver la felicidad en su rostro no pude decirle que yo no era su hija.

Marian ni siquiera estaba escuchando lo que Olivia le estaba diciendo. Acababa de decirle que era verdad, acabada de confirmarle que estaba usurpando un lugar que no le correspondía. La noticia de que ella era la hija de un duque la dejó completamente anonadada.

—No puedes delatarme Marian —escuchó que decía Olivia mientras la tomaba del brazo para mirarla de frente—. No puedes delatarme Marian, padre está muy delicado y una noticia de esa magnitud puede ser muy perjudicial para su salud. De hecho durante el viaje estuvimos a punto de perderlo. —vio que la preocupación de su amiga por su padre era verdadera, y por un momento se cuestionó si estaba haciendo lo correcto.

— ¿Tan mal esta su salud?—dijo mientras una lagrima recorrida su mejilla, era absurdo descubrir quién era su familia y no poder decirlo por miedo a que su padre empeorara. «Su padre» esa palabra quedó grabada en su mente, ahora tenía una familia, aunque de momento no pudiera decirles la verdad.

—No quiero perder más tiempo sin decirles que soy yo la única dueña del camafeo. Necesito que se enteren de la verdad.

Olivia estaba llorando mirándola a los ojos, pero de pronto su semblante cambió y dio paso a una furia que nunca antes le había conocido.

— ¡No me quitaras esto Marian, no me lo quitaras!—escuchó que dijo Olivia con el rostro impregnado de furia—si se te ocurre decir una sola palabra de esto a alguien, lo pagarás muy caro Marian. Entiéndelo no me voy

a detener por nada ni por nadie.

Marian nunca había visto esa faceta de su amiga, siempre había sido muy temperamental pero nunca había llegado al grado de amenazarla.

—No puedes robarme lo que me pertenece. —dijo casi en un susurro, tal vez otra en su lugar se enfrentaría con uñas y dientes a Olivia, pero Marian no tenía la fuerza suficiente para vencerla.

—Ya te lo dije: es tu palabra contra la mía, quieres que vayamos con los duques y les digamos esta mentira tan absurda que te has montado en la cabeza. Estoy segura que te echaran a patadas de aquí. Los tengo comiendo de la palma de mi mano, así que si quieres seguir viendo a tus papitos aunque sea de lejos; te sugiero que no abras la boca. Mantente alejada por el bien de todos.

—Nunca pensé que me traicionarías de esta manera.

—Yo no te traicione Marian, sabes que para mí eres como mi hermana. Pero la vida me puso esta oportunidad, y yo solo la tomé. Era mi sueño hecho realidad.

—Un sueño a base de mentiras.

—Te lo vuelvo a repetir: Aléjate de nosotros por el bien de todos, puedes seguir siendo mi doncella pero te prohíbo que cruces palabras con mis padres.

—¡¡Son mis padres, no son tuyos!!—gritó Marian sacando a relucir un poco del carácter que hasta ahora tenía oculto. Mientras más escuchaba a Olivia una furia crecía dentro de ella. Le parecía casi irreal que su amiga, su casi hermana la estuviera traicionando y arrebatándole todo lo que por derecho le correspondía. —¡¡Haré hasta lo imposible para que sepan la verdad!! Hablaré con la madre superiora, ella les dirá quien era la verdadera dueña del camafeo.

—Y condenarme a que me cuelguen en la torre de Londres. Pensé que eras mi hermanita Marian. Pensé que me querías. No entiendes que todo esto lo

hago por nuestro bien, por si no lo sabias la madre superiora ha muerto, nadie en esas paredes te ayudara —la mirada de Olivia tenía un brillo que le puso los pelos de punta a Marian, definitivamente esa no era su amiga, esa mujer que estaba frente a ella había perdido la cordura. Olivia tomó su rostro apretándolo haciéndole daño—.Si te atreves a decir algo te voy a matar y a tus padres también.

Una lágrima de impotencia rodó por su mejilla, Olivia estaba hablando totalmente en serio. No había nada de engaño en sus palabras, sabía que sino guardaba silencio, lograría que sus padres la echaran de ahí antes de que reuniera el valor de decir la verdad.

—Lárgate Marian, lárgate antes de que me arrepienta y no deje que por lo menos veas de lejos a tus padres.

Salió de la habitación llorando sin importarle si alguien la veía, en ese instante no le importaba nada. Lo único que deseaba con toda el alma era regresar aquel maldito día; deseaba con todas sus fuerzas que solo fuera una pesadilla. Pero sobre todo deseaba con el alma nunca haber regalado el único objeto que la unía a su familia.

Caminó con rumbo al lago con los ojos empañados de lágrimas, sentía una impotencia de solo pensar en que nunca podría decirles a sus verdaderos padres que ella era su hija. Para ellos siempre sería una criada más.

Era como una pesadilla de la quería despertar, las lágrimas no la dejaban ver por donde caminaba, prácticamente se iba guiando por instinto, se sentía tan sola, ahora no tenía a nadie que la protegiera. Llegó al lago y se sentó cubriéndose la cara con los brazos mientras las lágrimas surcaban su rostro, unos brazos la cubrieron con ternura, como queriendo protegerla de todo lo malo que le sucediera.

— ¿Qué sucede Marian?—La voz de Robert llegó a ella como un remanso de paz, como si de un salvavidas se tratara— ¿Qué sucede cielo?

—Sólo abrázame Robert, abrázame fuerte y no me sueltes. —en ese instante él era lo más estable en su vida. Su amor y su salvación.

## Capítulo 15

No supo cuánto tiempo estuvieron de esa manera, pero Robert no la soltó en ningún momento. Únicamente se separaron para darse un beso, un beso que poco a poco fue reconfortando su herido corazón. No encontraba la manera de salir victoriosa de esa batalla que tendría con Olivia, como ella misma le había dicho hasta el cansancio era la palabra de una simple doncella.

— ¿Qué sucede Marian? Sabes que puedes confiar en mí. Alguno de los criados te ha hecho daño. No tienes que tener miedo. — dijo él besando su frente, acariciándola, mientras temblaba como una hoja sacudida por el viento.

No podía decirle lo que pasaba, lamentablemente Olivia la tenía entre la espada y la pared. Muchas vidas estaban en juego, tal vez en otra etapa de su vida, dudaría en que Olivia fuera capaz de semejante atrocidad, pero ahora todo era distinto, no conocía a esa mujer en absoluto, y desconocía hasta donde era capaz de llegar con su maldad. Siempre supo que era un poco avariciosa, cuando llegaban las donaciones al orfanato siempre trataba de quedarse con lo mejor o más bonito. Incluso si ella lograba conseguir algo siempre se lo tenía que quitar, pero eso a Marian no le importaba, porque era su hermanita y por ella daría incluso la vida.

Ahora comprendía que ella para Olivia no significaba nada, era una persona sin sentimientos ni escrúpulos. Únicamente veía las cosas para su beneficio.

—Marian mírame, me estas asustando. —alzó la vista para ver la mirada preocupada de Robert, quería decirle todo, pero no se atrevía a desafiar a Olivia.

—Nada, es únicamente que me siento tan sola. —dijo en lugar de contarle la verdad. Era lo mejor para todos, conociendo el temperamento de Olivia era



capaz de atentar contra Robert únicamente para hacerla sufrir. Aterrada únicamente de pensar en que algo le sucediera a él, se aferró a su cuerpo como si de una balsa se tratara. Tenía que ser fuerte y hacer que las cosas volvieran a su cauce, pero lo tenía que hacer ella sola. Se negaba a que terceras personas resultaran heridas por ayudarla. Miró a Robert con ternura, sabía que estaba preocupado y eso solo era una señal de que sentía algo por ella, acarició suavemente su mejilla cubierta por una incipiente barba. —Necesito sentirte Robert.

No hicieron falta más palabras, Marian necesitaba sentir sus caricias, era como si su cuerpo sintiera la imperiosa necesidad de refugiarse entre sus brazos. Robert tomó posesión de sus labios, provocando que el beso se fuera convirtiendo en más intenso. Recostados sobre la hierba se amaron sin reservas, sin decir una sola palabra; pero con la seguridad de que el sentimiento que comenzaba a latir dentro del corazón de Marian, estaba comenzando a inundar el corazón de Robert. Cuando estaban juntos era como si el tiempo se detuviera, y no existiera nadie más, era como si nadie estuviera al acecho, no importaba nadie, ni siquiera Olivia le quitaría ese momento de felicidad, por mucho que estuviera escondida espiando detrás de un frondoso árbol dentro del bosque.

Después de nadar por unas horas en el lago, Marian se vistió para regresar a la casa, no quería provocar el enojo de Olivia, se despidió de Robert con la promesa de que al día siguiente se verían a la misma hora. Caminó con paso apresurado y en cuanto llegó a la casa, el ama de llaves de manera burlona le dijo que la duquesa la estaba esperando en el saloncito rosa. Por culpa de la discusión con Olivia salió sin pensar en nada más que no fuera huir de ese lugar. Ahora que le decían que la duquesa la estaba esperando; una realidad la golpeó como si de un mazo se tratara, su madre la estaba esperando en el saloncito rosa, y desgraciadamente ella no podía

llamarla mamá.

Sintiendo que el corazón se le saldría del pecho, caminó con paso tembloroso hasta llegar a la puerta que la separaba de la mujer que le dio la vida. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, era tan injusto. Tocó suavemente la puerta con los nudillos, y espero paciente a que le dieran autorización para pasar. La voz de su madre la hizo maldecir mil veces su estúpida decisión, recriminándose ser tan ingenua, entró a la salita, su madre estaba sentada en un sillón mientras terminaba de dar las últimas pinceladas al cuadro que tenía frente a ella, todo su mundo se vino abajo cuando vio de que se trataba, en el cuadro estaban retratados sus padres con Olivia en medio, que sonreía con una dulzura y candidez que no eran propias de ella.

—Pasa Marian—dijo la duquesa con una sonrisa en el rostro—. Te gusta como ha quedado el cuadro de mi familia, lo mandare colocar en la sala principal, sobre la chimenea.

Marian no dijo nada, únicamente se quedó de pie admirando a su madre. Tantas cosas en su mente que tenía por decir, y sin embargo ninguna le era permitida. Sonrió para que la duquesa no notara lo que le sucedía.

—Siéntate aquí querida—dijo mostrándole el espacio vacío junto a ella. Marian tímidamente se colocó junto a ella, sin mencionar una palabra—, te noto muy callada Marian, ¿Qué sucede?

—Nada. —murmuro débilmente, quería escapar de ese lugar, estaba segura de que si pasaba más tiempo en ese lugar, no se podría contener sin hacer una locura.

—Te he comprado un pequeño detalle de nuestro viaje. Espero que te guste —vio cómo se acercaba a un pequeño estante y tomaba en sus manos un estuche. En cuanto lo puso en sus manos, lo tomó con delicadeza, como si fuera el mejor regalo del mundo—. Ábrelo.

Sus manos estaban amenazando con comenzarle a temblar, abrió el

precioso estuche de nácar, y se quedó impresionada; dentro de él estaban acomodados varios pinceles de diferentes tamaños y grosores. Levantó uno y en la base del pincel se dio cuenta de que tenían su nombre grabado. Fue inevitable que una lágrima rodara por mejilla.

—Marian, estas llorando. Si no te gustan los pinceles no tienes por qué quedártelos. Pero que tonta soy seguramente tu esperabas algo mucho más bonito.

—Me encantan, son de verdad preciosos. —dijo mientras se secaba las lágrimas y cerraba el estuche, para después aprisionarlo entre sus brazos como si temiera que se lo arrebataran.

—Me alegró, es un pequeño detalle del que no estaba segura que te gustaría, las jóvenes de tu edad, quieren vestidos vaporosos, y perfumes caros. No te quiero contar lo que nos hizo pasar Olivia escogiendo su vestuario. Por suerte ese martirio ha pasado. Dentro de nada estaremos como locos con el comienzo de la temporada. La madre de mi esposo estará aquí en menos de lo que imaginamos. La presentación de Olivia será en unas semanas y quiere que esta toda la buena sociedad londinense. Pero no te quiero aburrir con esas tonterías. Cuéntame has pintado algún cuadro.

Marian se sonrojó con fuerza, el único cuadro en el que había dedicado horas en ese tiempo en que estuvieron ausentes, era el retrato de Robert. La manera en que la miraba mientras estaban juntos, el brillo destellante de su mirada al besarla, la tenía cautivada, así que decidió que tenía que capturar esa esencia en unas pinceladas.

—Muéstrame tu cuadro, quiero ver tus avances.

Marian retiró la tela que cubría el lienzo para que la duquesa observara lo que había pintado.

—Vaya. —fue todo lo que dijo, tal vez su pintura fuera muy burda, pero apenas estaba comenzando, así que aún no lograba capturar la esencia, aunque

lo intento con todas sus fuerzas. —Por este cuadro deduzco que nuestro Robert ha hecho de las suyas en nuestra ausencia. ¿Hay algo de queda saber?

Nunca pensó que al mostrar ese cuadro se metería en un problema y que al igual metería en un problema a Robert.

—Solo somos amigos. —se apresuró a decir, aunque sabía que la duquesa no se creería ni una sola de sus palabras.

—Ese rostro no es de un simple amigo. Pero respetare tu decisión a mantener tu intimidad. Sabes que si necesitas un consejo, el consejo de una madre aquí estaré para ti —fue inevitable no emocionarse, y las lágrimas estaban amenazando con salir de nuevo a flote—. No tengo mucha experiencia en este aspecto, me he perdido toda la vida de mi hija, pero aquí estaré para las dos. Sabes que no eres una simple doncella en esta casa. Eres parte de nuestra familia.

—Gracias, es muy amable al decirme todas estas palabras, y si necesito un consejo claro que voy a acudir a usted.

—Bueno pues un consejo muy sabio, es que tienes que tener mucha paciencia con la madre de mi esposo, la duquesa viuda tiene un carácter de los mil demonios.

—Estoy deseando conocerla.

## Capítulo 16

Los días pasaban como el agua corriendo en un río, de un momento a otro se vieron envueltos en un vaivén de personas que llegaban de visita a la casa de los duques para felicitarlos por la presentación en sociedad de su hija. Oliva siempre quiso ser el centro de atención de todos. Así que en ese instante estaba radiante. Esa noche Marian estaba realmente nerviosa la duquesa viuda se había instalado en las habitaciones que le correspondían. Todo el personal decía que tenía el peor carácter, ella aun no tenía el gusto de conocerla, pero en la cena ayudaría a servir y entonces sí que la vería en persona.

—Tu abuela es un fastidio, me ha mirado como si fuera alguien insignificante. —escuchó que le decía Olivia mientras le hacía un primoroso recogido.

Marian se quedó en silencio, había descubierto que esa era la mejor arma para que su estabilidad en esa casa perdurara, quedarse en silencio. Olivia era inestable, y no quería que por una palabra mal dicha o en un momento inoportuno, le sucediera algo a su familia.

— ¿No dices nada?, veo que has aprendido. Es lo mejor Marian; mientras sigas así de calladita no le sucederá nada a nadie.

Es ese instante tuvo ganas de arrancarle los cabellos uno a uno. Estaba desesperada por encontrar una solución a todos sus problemas. La única ilusión y esperanza que tenía en su vida era Robert, con el pasaba cada segundo que tenía libre. Y se amaban en cada instante, con cada caricia, con cada roce.

No se arrepentía de haberse entregado en cuerpo y alma a él. Era consciente de que si su relación no funcionaba, ella no podía aspirar a encontrar una pareja. Pero nada importaba porque tenía metido hasta el alma ese hombre.

Estaba preparada para salir a servir la cena, esta vez le tocaba cargar la charola del segundo plato, y asegurarse de que no faltara nada en la mesa. Entró en el comedor y todos estaban muy concentrados escuchando lo interesante que había sido el viaje comenzó a retirar la vajilla que ya estaba vacía, dejando en su lugar el segundo platillo. Tan concentrada estaba sonriéndole a una de las invitadas de la duquesa, que se sobresaltó cuando alguien rompió una copa.

—¿Madre estas bien?—escuchó que el duque le decía a su madre, Marian se giró para quedar de frente a una mujer de unos sesenta años, con su cabello canoso pulcramente recogido en un moño, vestida con un impresionante vestido negro, que tal parecía que acababa de ver a un fantasma—¿Qué sucede madre?

—No puede ser—dijo mientras su mirada iba de Olivia a ella, como si conociera su secreto. Olivia le hizo un imperceptible gesto para que se retirara, y Marian para no causar más problemas se retiró dejando a todos en un denso silencio.

El ama de llaves le dijo que se encerrara en su habitación y que no saliera hasta que milady diera la orden. Se fue directo hasta su habitación, con los nervios a flor de piel, lo sabía, había visto en los ojos de la duquesa viuda que se había dado cuenta de la verdad.

Por un lado era una alegría que alguien la apoyara, pero por el otro lado, ese que no se quería ni imaginar, estaba temerosa. Olivia era capaz de todo con tal de sacarla del juego.

La puerta de su habitación se abrió, y Olivia entró hecha una furia. —Esa maldita bruja se ha quedado con la mosca detrás de la oreja. Sabe que pasa algo raro.

—Porque no simplemente dices la verdad.

— ¡¿Eres estúpida!! No hay nada que me haga culpable, mi madre me

encontró por mi camafeo, nada me quitara mi lugar.

— ¡Es mi lugar!—gritó sin poder contenerse, la bofetada que le dio Olivia no se la esperaba, la mejilla le ardía, pero lo que más le dolía era ver el odio reflejado en los ojos de la que algún día consideró su hermana.

—Es mi lugar, y si tengo que matarte para seguir ahí, no lo dudare ni un instante. Lo has entendido. Sigue como hasta ahora y no pasara nada. Para evitar futuros problemas, te quedaras aquí encerrada hasta que vea que el peligro ha pasado.

Cómo era posible que terminara en esa situación, dio de vueltas por la habitación sintiéndose impotente, todo parecía una mala jugada del destino, que se negaba a que fuera feliz. Por suerte podía salir de su habitación siempre y cuando no se topara con nadie de la familia, así se lo había hecho saber Olivia en una simple nota. Salía para reunirse con Robert que cada vez que la observaba le preguntaba que cual era la situación que la aquejaba.

Suspiró pensando que todo era una gran madeja de mentiras que les explotaría en la cara en el momento menos pensado.

Estaba caminando con rumbo al lago cuando de la nada, la duquesa viuda se acercó a ella, Marian apresuró el paso, para que no la alcanzara, pero para su sorpresa la duquesa estaba en buenas condiciones y pronto le dio alcance.

—Niña espera, necesito hablar contigo.

Cerró los ojos un instante porque sabía que detenerse a platicar con ella únicamente atraería problemas. Se giró esperando que lo que tuviera que decirle no fuera nada relacionado con Olivia.

—Excelencia. — dijo en cuanto la mujer estuvo a su altura haciendo una impecable reverencia.

—Necesito hablar contigo niña, acompáñame a dar un paseo. —sin más comenzó a caminar extendiendo su precioso abanico de nácar. El día era precioso para caminar. La duquesa observaba a todos lados como evaluando

la situación, y a cada paso que daban el nerviosismo por decir algo que las delatara comenzaba a inundar a Marian.

— ¿Desde cuándo conoces a mi nieta lady Olivia?—la pregunta por un instante le sonó como a una pregunta con trampa. Pero no tenía caso que le contara otra cosa que no fuera la verdad.

—Desde siempre, llegamos juntas al orfanato el mismo día. Nos hemos criado como hermanas.

—Sabes cuantas niñas y jóvenes han desfilado por el despacho del duque reclamando ser la hija de ellos. —Marian negó con un simple gesto, ya que no tenía ni idea—.Mas de las que me gustaría. Ellos sufrían cada que alguien llegaba y no era su hija. Y todo esto por un simple rencor de antaño. Sabes porque empezó todo.

—Lo desconozco excelencia.

—Hace ya varios años, el duque era muy amigo del conde de Sussex, ambos eran de la misma edad, y habían asistido al mismo colegio. Todo parecía ir de maravilla entre ellos hasta que en una temporada, el duque y el conde comenzaron cortejar a la misma chica enamorándose perdidamente—la duquesa parecía tan sumida en sus pensamientos, que Marian sólo pudo escuchar la historia sin intervenir en ningún momento—, esa joven debutante no era otra más que Charlotte la duquesa, si, al final el amor que surgió entre los duques fue inseparable. Y se casaron, pero el conde nunca aceptó la derrota y la amistad de tantos años se fue convirtiendo en enemistad.

—Es muy triste.

—Más triste es lo que sucedió después, el conde se casó con una joven debutante cegado por la rabia y los celos, y tuvieron un hijo, los duques tardaron muchos años en poder concebir. Y Charlotte estaba tan mal después del parto que el médico dijo que nunca más volvería hacer madre. Recuerdo aquella locura de viaje, Charlotte acababa de dar a luz, cuando una misiva de



una amiga muy querida había llegado hasta ella. Ironías del destino esa amiga era la esposa del conde, y estaba muriendo de su segundo parto. Por ese motivo la duquesa no se lo pensó más y salió a despedir a su única amiga. Con tan mala suerte que cuando llegó la condesa ya había muerto, el conde hirviendo en rabia los corrió de su casa, y ellos tuvieron que partir de regreso en la oscuridad de la noche. Te apuesto a que Charlotte nunca se perdonara ese error tan terrible, tenían pocas millas recorridas cuando los interceptaron unos forajidos.

Marian jadeó del asombro, conocía la historia pero muy por encima, sabía que los habían asaltado pero conocer los detalles de toda la historia la hicieron estremecerse.

—Pero la desgracia apenas estaba por llegar, los forajidos no le robaron nada, excepto lo más valió que llevaban, les robaron a su hija; dejándolos a los dos mal heridos dentro del carruaje. Mi hijo ha tenido la salud débil desde entonces, y Charlotte no ha parado de buscar incansable a su hija. Años después en el lecho de muerte el conde dijo que el había enviado a que los atacaran y les robaran lo que más querían. Y eso que en su momento fueron grandes amigos. Ahora solo te voy hacer una pregunta: ¿Por qué están engañando a mi hijo?



## Capítulo 17

La historia parecía que se quería repetir, la pregunta de la duquesa la había dejado inmovilizada; ahora como salía de esa situación.

—No entiendo que quiere decir. —se apresuró a decir de manera torpe. La duquesa la miró con la decepción impregnada en la mirada.

—Sí que lo sabes, sabes que Olivia no es hija de los duques, pero lo que no comprendo es porque dejas que ocupe tu lugar.

—Está equivocada excelencia. —fue lo único que dijo y salió corriendo de ahí, esperaba que la duquesa viuda no siguiera investigando más. De lo contrario todos estaban en peligro. Caminó con paso apresurado hasta llegar al lago, seguramente no habría nadie en ese lugar. Robert estaba trabajando, así que tendría un momento para pensar.

Tan nerviosa estaba por todo lo que estaba pasando que se detuvo en seco en cuanto vio la escena que se desarrollaba frente a ella.

Olivia estaba tendida en el pasto, y Robert estaba sobre de ella devorando sus labios, todo su mundo se paralizó, las imágenes sucedían de manera tan lenta que fue capaz de percibir todos los detalles, mientras una lagrime se resbalaba por su mejilla.

Olivia pareció percatarse de su presencia, acercándose más a Robert para darle un beso, beso del cual estaba segura que Robert rechazaría. Si alguien le hubiera dicho que el amor le partiría el corazón lo hubiera dudado. La traición de Olivia le dolió hasta el alma, pero ahora al ver ahí parados a las dos personas más amaba en la vida, traicionándola de la manera más ruin que existía la estaba desgarrando por dentro.

Algo debió de haberlos alertado de su presencia, porque Robert giró la vista para verla llorando de dolor, quería salir de ahí y alejarse de todos, pero sus pies estaban anclados y aunque ella les diera la orden de avanzar era

imposible. Robert llegó hasta donde ella estaba, seguida de Olivia que sonreía triunfal.

—Marian, no es lo que tú crees, yo solo quería ayudar a Olivia.

— ¿Ayudarla a qué? Te he visto besándola Robert no me trates como si fuera una tonta.

—No estaba besándola.

La risa de Olivia hizo que la furia le recorriera todo el cuerpo, primero le quitaba su lugar, a sus padres, y ahora le quería quitar al hombre que amaba.

—En verdad pensabas que Robert se conformaría con una simple criada, no Marian, Robert tienes otras aspiraciones. —sabía que Olivia tenía una facilidad para enredar todo a su conveniencia, así que por un instante trató de serenarse para no caer en su juego, aunque era imposible que las lágrimas no se posaran en sus ojos.

— ¡Mientes!—gritó Robert—, solo estaba tratando de ayudarla, se estaba ahogando. Me dijo que no sabía nadar. Dilo Olivia, ¡¡dilo!! Maldita sea dile que mientes.

—Todos mentimos a los que amamos alguna vez conde—dijo Olivia sabiéndose ganadora de esa batalla, lo podía ver en sus ojos, estaba a punto de dar la estocada final—, ¿acaso no te ha dicho Robert que él es el conde Sussex?—esas palabras fueron como un mazo golpeándola directamente en el estómago— vamos conde, que pensé que por lo menos habías sido sincero con mi hermanita.

—¡¡Cállate Olivia!!—gritó Robert—Marian, no creas nada de lo que te ha dicho.

—Espera hermanita que te he salvado de esta escoria. Aunque el detalle de que te abrieras de piernas como una fulana no lo podemos solucionar. Sabías que ha nuestro conde lo desheredó su padre y lo desterró. ¿Por qué crees?! Si nuestro conde tuvo un amorío con una de las criadas y se casó con

ella en escocia. Su padre al saberlo le quitó todo, y derrochó todo lo que el título conllevaba. Su mujercita al saber que no tenía nada, se deshizo de su bastardo. ¿No lo sabias Marian? Padre a pesar de odiar a su padre lo ha dejado trabajar aquí, imagínate que mejor venganza.

Su mente era un cumulo de pensamientos, miró a Robert con todo el dolor y la decepción instalada en su mirada, era increíble como había llegado a amar a ese hombre en tan solo unos encuentros robados.

—Cómo puedes ver, a nuestro conde aún le siguen gustando las criadas.

Se acercó a Olivia, y arrebatándole del cuello la única joya que le importaba, se dio la vuelta después de decirles con todo el odio en su corazón:

—Volveré a recuperar lo que es mío. —sois tal para cual.

Ni siquiera se detuvo al escuchar como la llamaban, o como Olivia le suplicaba que no cometiera una locura, porque todos lo pagarían muy caro.

No se lo pensó más, tenía que encontrar a alguien que le ayudara a decir en verdad quien era la hija de los duques. Regresó a su habitación, y poniendo en una sola maleta sus pocas vestimentas que poseía, salió de la casa sin saber cómo lograría recuperar todo lo que era suyo por derecho. Pero sobre todo, sin saber cómo se puede vivir después de que te arrancan el corazón.

Las ruedas del coche de alquiler la alejaban de Stratfield Saye, tal vez una solución rápido pudiera ser que ella hablara con los duques y les dijera su versión de los hechos, pero sabía que el afecto que tenían por Olivia era verdadero ya que la consideraban su hija legítima, así que estaba en desventaja, como Olivia misma le había dicho, era su palabra contra la de ella. Tenía que encontrar quien la ayudara. Así se dejara la vida en ello lo conseguiría.

Las puertas del orfanato se abrían ante ella para darle la bienvenida, esperaba que alguna de las hermanas que servía ahí fuera capaz de brindarle ayuda. Casi se desmaya de la impresión al ver a la madre superiora del otro

lado de la puerta esperándola con una sonrisa en los labios. Estaba muy delgada y su aspecto era el de una persona enferma, pero definitivamente no estaba muerta tal como Olivia le había mencionado. Otra más de las mentiras de su amiga.

—Pasa hija, siempre es un gusto recibirte en la casa de Dios.

La casa de Dios, esa casa que tantas alegrías como tristezas le había dado, esa casa donde sufrió por el dolor de no tener una familia, pero a la vez se alegró de haber encontrado en Olivia una hermana. Una hermana de la que nunca se esperó una traición.

—Dime hija a que debo el honor de tu visita, tenía entendido que estaban viviendo con Olivia. Nos alegramos muchísimo cuando la duquesa nos envió una carta diciéndonos que Olivia era su hija. Aparte de que la compensación económica fue de gran ayuda para el orfanato.

—Necesito que me ayude madre, Olivia no es la hija de los duques. La verdadera hija de la duquesa de Wellington soy yo.

## Capítulo 18

Le contó toda la historia a la madre superiora, que se asombró de la maldad de Olivia, era como si la desconociera. En cuanto le mostró el camafeo la madre superiora confirmó que el mismo día en que la encontró ella traía puesto el camafeo. Pero que como no tenía ninguna insignia o algún grabado para saber a quién pertenecía, no pudieron devolverla a su familia.

Después de tener una charla de varias horas con la mujer que hacía honor a su puesto ya que había sido la única madre que ella había conocido. Como siempre pensando en su bienestar le recomendó que necesitaba estar en paz consigo misma para poder recuperar su familia, decidió que se quedaría a pasar unos días ahí, tratando de encontrar serenidad y paz en su vida. Y lo más importante tratando de encontrar un consuelo a su maltrecho corazón.

—Marian, tienes visitas—escuchó que le decía una de las novicias que se acaba de incorporar a la orden del convento.

—Gracias sor Victoria, enseguida voy.

—La están esperando en la salita de vistas.

No sabía quién podía ser su visita. Únicamente esperaba que no fuera Olivia o Robert, aunque este último no creía que la buscara, ya había conseguido lo que quería, había conseguido que se entregara en cuerpo y alma a él, sin reparar en las consecuencias. Entró en la salita de té, para ver sentada en un banquillo frente a la madre superiora a la duquesa viuda.

—Marian, lady Bradford—dijo haciendo referencia a la duquesa viuda—, quiere hablar unas palabras contigo. Las dejó solas para que puedan hablar con intimidad.

La duquesa viuda la miró por un instante con desaprobación, no sabía para que la hubiera ido a buscar, pero estaba segura de que para nada bueno.

—Sabes durante muchos años, idealice la imagen de cómo sería mi nieta. Sí, al igual que todos, la pérdida de ella me dejó devastada, lo que nunca me imaginé fue que cuando apareciera fuera la viva imagen de mi madre, te puedes creer eso, es igualita a ella. Sólo que mi madre no era una cobarde.

—Me alegro duquesa, pero no entiendo a qué viene todo esto.

—Viene a que si crees que me trague el cuento de que Olivia es mi nieta estas muy equivocada, ahora explícame con lujo de detalle porque esa arpía está usurpando tu lugar. Tal vez a todos os habéis engañado pero no a mí. Soy demasiado vieja para eso.

—Es una historia demasiado larga.

—Siéntate niña, tengo todo el tiempo del mundo. Comienza por el principio.

Nunca en su vida pensó que la traición de las personas que más amaba la dejaría devastada. Después de lo que pareció una infinidad de tiempo con lágrimas en los ojos término de contar toda la historia.

—Te he dicho algo, y eso es que mi madre no era ninguna cobarde, así que deja esas lágrimas para cuando yo me muera—Marian la miró asombrada por su manera de hablarle siempre comparándola con su madre—,ahora niña es momento de que recuperes lo que esa arpía ha tratado de quitarte. Y ese conde va a tener unas palabras conmigo. Ahora dame un abrazo.

Por primera vez desde que había salido de la casa de los duques, Marian sentía que tenía el apoyo de alguien y que no estaba sola en el mundo.

El corazón amenazaba con salirse de su pecho, su abuela le había dicho que Olivia se negaba a decir la verdad acerca de su origen, así que por ese motivo la madre superiora las acompañaba en el carruaje ducal. Desde que habían salido del orfanato su abuela la había llevado con ella a una casa que le prestó una buena amiga, estaba a las afueras de Londres así que no



levantaría sospechas sobre quien habitaba la casa, la servidumbre era muy fiel con sus señores. La duquesa había asistido un mes atrás a la presentación en sociedad de Olivia que muy orgullosa se paseaba del brazo del duque, como quien sabe que tiene ganada la guerra.

Y tal vez de esa manera lo pensaba ya que se había encargado de decirles a los duques que su amiga Marian le había robado su camafeo junto con otras joyas y había salido de la casa para siempre. Al parecer les contó que mantenía amoríos con un hombre y esa era la razón principal para huir con una fuerte suma de dinero en joyas.

Cuando se lo contó su abuela, estuvo a punto de salir hablar con los duques y de paso estuvo a punto de ir a retorcerle el cuello con sus propias manos a esa traidora. Esa que siempre pensó que era como hermanita, esa que resulto ser su querida enemiga.

Mientras veía el carruaje acercarse a la casa a Marian comenzó a faltarle la respiración, sentía una fuerte opresión en el pecho, las manos comenzaron a temblarle.

—Tranquila querida, todo saldrá bien.

Eso esperaba con todo el corazón, pero Olivia no les dejaría el camino tan fácil. Los criados comenzaron a salir para dar la bienvenida a la duquesa viuda, y de pronto la duquesa y el duque estaban en la entrada de la casa sonriendo. Eran sus padres y de nueva cuenta no podía disfrutar de la calidez de sus brazos.

Detrás de su abuela descendió la madre superiora, y por ultimo ella. Los duques se quedaron paralizados en cuanto la vieron, vestida con un primoroso vestido color violeta, estaba radiante, su abuela había dicho que para presentarse frente a sus padres tenía que llegar como lo que era: una dama.

—Madre que sorpresa —escuchó que decía el duque mirándola de reojo, haciendo un gesto imperceptible a uno de los lacayos—, detened a esa

ladrona.

Esas palabras las dejaron de piedra, su propio padre la estaba llamando ladrona y la estaba enviando a detener.

— ¿Estás loco Edward? —dijo su abuela poniéndose delante de ella evitando que los lacayos la sujetaran.

—Madre esta jovencita le ha robado sus joyas a Olivia.

— ¿Por qué lo hiciste Marian? —dijo la duquesa con lágrimas en los ojos —,Me decepcionaste, confiamos en ti como si fueras alguien de la familia y decidiste traicionarnos por un mal hombre.

—Dejen de decir estupideces, vamos hablar a algún lugar donde no esté el servicio presente, y sobre todo donde no esté la arpía esa que tienen por hija.

Los duques la miraron recelosos, al ver la frialdad con la que la miraban le dieron unas ganas terribles de llorar. Olivia había provocado un daño irreparable.

## Capítulo 19

Entraron en la salita rosa, esa misma salita donde la duquesa había compartido su amor y pasión por la pintura con ella, en una esquina aún estaba recargado el cuadro de Robert. Aún recordaba con el amor y dedicación que había pintado el brillo en sus ojos, ahora ese mismo brillo parecía burlarse de ella.

—Y bien madre, vas a darme una explicación de porque defiendes a esta ladrona. —Marian se llevó una mano al pecho tocando con suavidad el camafeo que ahora estaba en su poder. Al ver ese gesto la duquesa se acercó a ella y en un arrebato de furia se lo arrancó del cuello lastimándola.

— ¡Charlotte! —Jadeó su abuela asustada por como la duquesa la estaba tratando—, deja que la madre superiora te explique la situación.

—Y que me va a explicar, que ha educado a una ladrona dentro de su orfanato. Este collar pertenece a mi hija.

—Efectivamente duquesa, ese collar estaba en la misma cesta donde dejaron a su hija años atrás, claro que como no tiene ninguna insignia no sabíamos a quién pertenecía, si me permite déjeme explicarle lo que sucedió aquel día.

Los duques guardaron silencio sentándose frente a la madre superiora, a pesar de estar cansada por la enfermedad, había tenido el carácter para hacer frente a los duques.

—Aquella mañana como siempre salimos a recoger algunas viandas, estábamos a punto de salir cuando tocaron con fuerza en la puerta, lamentablemente en lo que acudimos a atender el llamado, no vimos a nadie; pero cuando salimos vimos una cesta con una cobija dentro, no hizo falta nada

para saber lo que sucedía, era el pan de cada día. Otro bebé abandonado por su madre en nuestra puerta, pero aquel día fue especial, horas más tarde, de nuevo dejarían a otra niña en la puerta del orfanato, una de ellas llegó sin nada de ropa cubriendo su cuerpecito más que una cobija harapienta. Y una de las bebés llevaba ropa de calidad y estaba envuelta en unas finas mantas, en su puñito aferraba un hermoso collar del cual no se quería separar. Era como si lo protegiera a pesar de tener unos días de nacida. Ambas de diferentes mundos, sin embargo tenían la misma fragilidad y deseos de ser amadas como cualquier niño de los que cobijamos. Marian era esa pequeña que había llegado aferrada a su collar duquesa, y juró por mi Dios y mi vida que esa es la única verdad.

El silencio se apodero de la estancia, todos miraban a Marian de diferente manera, la duquesa viuda sonriendo como diciendo que ella sabía perfectamente que estaban equivocados, los duques la miraban con la sorpresa impregnada en su rostro. Estaba claro que no esperaban que la vulgar ladrona se convirtiera en su hija. Estaban punto de decir algo, cuando la puerta se abrió de golpe sorprendiéndolos, Olivia entró hecha una furia.

—¡¡Eres una maldita embustera!! , quieres quitarme todo lo que me pertenece. Pero no te lo voy a permitir —miró a sus los duques con lágrimas en el rostro—.No le crean, es una mentirosa que es capaz de todo con tal de quedarse con lo que es mío. ¡¡Eres una maldita mentirosa!!

Olivia estaba a punto de lanzarse sobre ella pero el duque fue más rápido deteniendo antes de que la golpeará.

—Olivia—la voz de la madre superiora hizo que Olivia se pusiera pálida como una vela—, veo que me recuerdas.

—No puede ser, usted está muerta.

—No, estoy muy viva, lo que no entiendo Olivia, es que tu sabías perfectamente que ese camafeo no te correspondía. Marian en un acto de

bondad y desprendimiento te lo otorgó para que fuera tuyo como señal de que eras su única familia. La has traicionado.

—¡Eso no es cierto!! Esta vieja bruja lo ha tramado todo—dijo Olivia señalando a su abuela con el dedo en tono acusador, estaba segura que de no estar sujeta por el duque se lanzaría sobre todos para golpearlos.

—Eso no es cierto, sabes tan bien como yo que ese collar me pertenecía, cuando te reclamé me amenazaste con hacerles daño. Tú, tu que eras mi hermana, la única persona a la que he querido de verdad me traicionaste quitándome todo lo que más quería.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas, y de pronto se soltó del agarre del duque para correr hasta donde ella estaba, lejos de agredirla como todos pensaban, se tiró al suelo, abrazándose a sus piernas.

—¡Perdóname Marian!!—sollozó mientras se aferraba a su falda—no quería lastimarte, te lo juro, pero fue una mentira que de pronto se fue convirtiendo en más y más grande. No sé qué fue lo que sucedió, pero perdóname.

Marian la miró sintiendo una pena enorme en el alma, era como si de pronto todos los años de amistad y todas las vivencias le pesaran como una loza; una lágrima resbaló por su mejilla, ni siquiera era consciente de que estaba llorando.

—¡Marian, perdóname, eres mi hermanita!!

Sabía que no tendría el valor de dejarla a su suerte, ella no tenía el corazón tan duro y frío como Olivia. Los demás participaban de la escena como meros espectadores, sin decir una sola palabra.

—Marian—escuchó que le hablaba el duque sintiendo su corazón palpar de la emoción —, hija—al escuchar esa palabra ya no pudo evitar que las lágrimas de felicidad la embargaran—, enviaremos a Olivia para que sea detenida. Nos engañó a todos y será un error que debe pagar.

—¡¡No!! Por favor hermanita no dejes que me lleven, me condenaran a la horca.

La desesperación y el miedo que vio reflejado en su rostro, se le clavaron en el pecho como mil agujas lacerantes. Era su hermanita y no la iba a dejar en la calle, era cierto que le había hecho mucho daño, pero también sabía que todo era producto de las carencias que habían tenido en su infancia. Seguramente al ver que podía llevar una vida muy diferente a la pobreza en la que estuvieron durante años, su amiga no pensó en las consecuencias.

—Levántate Olivia. Nadie denunciara nada. Por mi parte esto queda olvidado.

Su amiga trató de ponerse de pie mientras sus padres decían que eso era una locura. Pero ella no quería dejar desamparada a su amiga. Su hermanita. Estaban hablando todos acaloradamente cuando Olivia cayó desmayada sobre el frío suelo encerado.

La luz de las velas le decían que necesitaba descansar, era como si miles de emociones la golpearan en un solo instante. No podía dejar que su amiga sufriera, ya bastante había tenido con la vida que le tocó vivir, como para que ahora la enviaran presa. Un suave golpe en la puerta la saco de sus pensamientos.

—Adelante.—su abuela entró en su habitación sonriendo, era una sonrisa tímida como de aquellas que se dan cuando no sabes cómo responderá la otra persona.

—Estás segura de lo que vas hacer. Tus padres no están muy contentos con esa decisión. Si por ellos fuera la enviarían directo al paredón.

—No puedo dejarla desamparada.

—No creo que le guste mucho estar trabajando en el servicio. No se adaptará.

—Ya veremos qué sucede. Ahora sólo quiero descansar.

Su vida apenas comenzaba a tener sentido. Pero aún tenía que resolver eso que le estaba matando por dentro. Aún tenía que decidir cómo recuperar su corazón.

## Capítulo 20

Los días después del primer encuentro con sus padres pasaron de manera rápida. Por suerte su abuela había comenzado a platicar con sus amistades más importantes de la nobleza inglesa la terrible situación de cómo se produjo un error al reconocer a la heredera de los duques Wellington. Obviamente nadie se atrevería a contrariar a la duquesa viuda, así que aceptaron e buen agrado la noticia.

Marian por otra parte no se atrevía a salir de la casa, por miedo a que dirán. Sus padres trataron de hacer un baile para celebrar que la había encontrado por fin, pero ella se había negado sin dar ninguna oportunidad a replica. Los duques se esforzaban por crear un vínculo con ella y aunque Marian estaba consciente de que las palabras dichas al calor de la discusión, fueron más bien producto de las intrigas de Olivia, a Marian le habían dolido en el alma.

Tenía dos semanas que estaba instalada en la casa, y aun no se atrevía a regresar a pintar junto a su madre. Tampoco se atrevía a regresar al lago, ese lugar donde conoció lo que era sentir el amor de un hombre y también donde sintió el amargo sabor de la traición.

Por su mente pasó la imagen de Robert después de hacerle el amor de manera dulce y apasionada, el brillo en sus ojos, la manera en que su cabello estaba despeinado a causa de sus caricias. Sonrió pensando que al menos algo bueno había salido de todo eso, en unos meses se convertiría en madre.

Aún no se lo había dicho a nadie porque la vergüenza la mataba. Pero en unos meses sería inevitable que no se dieran cuenta. Posiblemente después de eso tendría que salir de ahí para enclaustrarse en la alguna de las casas de campo de sus padres hasta que la sensible buena sociedad se olvidara de su escándalo.



De Robert no sabía nada, solo que el mismo día en que ella se había marchado de ahí, el jamás regreso.

Mucho más tranquila, bajó a desayunar con sus padres, que trataron de que no se sintiera incomoda. Charlaron en compañía de su abuela, que se negaba a irse de nuevo hasta que ella no se sintiera segura en esa casa.

Estaba comenzando a sentir que se ahogaba en esas paredes, así que decidió que ese día daría un paseo. Los criados la miraban como si fuera una aparición, su padre quería que Olivia fuera castigada, pero si tenía que castigar a todos los que le hicieron daño, no quedaría ningún criado en esa casa. Todos le habían hecho daño, incluyendo sus padres.

Caminó sin prisa pensando cómo dejaría atrás tanto resentimiento, dentro de ella quería ser la hija ideal de los duques tal y como lo fue Olivia en su momento, alguien de quien se sintiera orgullosos.

El agua cristalina del lago brillaba bajo el reflejo de los destellantes rayos del sol, Marian se acercó a las grandes rocas que daban la intimidad del lago, fue poner un pie en ese lugar y al instante los recuerdos se agolparon en su mente, como si de una película se tratara, recordó cuando Robert la habían consolado la primera vez, y también como se habían amado infinidad de veces ahí entre esas mismas rocas.

Sin pensarlo con detenimiento se comenzó a desvestir y se sumergió en el lago, quería que el agua se llevara todos sus penas, por más que quisiera no dejaba de pensar en Robert, en todo lo que había pasado. Deseaba con todas sus fuerzas que su historia fuera otra, menos complicada. Sin menos mentiras, sin menos secretos.

Aún no comprendía como era que Robert no había tenido la suficiente confianza como para contarle su historia, comprendía que tal vez aun le doliera todo lo que había pasado, pero se suponía que él debería confiar en ella. Cerró los ojos disfrutando del agua, pensando que ella también no había

sido muy honesta con él, no porque no confiara en el sino porque tenía miedo a que les sucediera lo peor.

Alguien la sujetó del cabello sumergiéndola en lo más profundo del lago, de la sorpresa trató de gritar con la mala de tragar agua, abrió los ojos presa del pánico, alguien la estaba tratando de ahogar. Pataleó con todas sus fuerzas pero la persona que la estaba ahogando tenía demasiada fuerza, sino hacia algo pronto estaba segura de que moriría. Como pudo le propinó un golpe en el estómago a su atacante dejándola en libertad, cuando pudo ver de quien se trataba su corazón se desgarró en mil pedazos.

—Olivia—dijo mientras escupía el agua y trataba de respirar con normalidad.

— ¡Me lo has quitado todo maldita!, ¡eres una maldita desgraciada que no merece tener por padres a los duques!!

La mirada desquiciante de Olivia le puso los nervios de punta. Tan asombrada estaba que no se dio cuenta de que la retenía de nuevo y la volvía a sumergir en el fondo del agua. Por más que trató de deshacerse de su agarre no lo lograba, por un momento sintió que se quedaba sin fuerzas, era la hora de su final.

El peso de Olivia desapareció dejándola libre, alguien la ayudó a salir del agua, le costaba respirar y le dolía el cuello que era de donde la tenía sujeta Olivia. La recostaron sobre la hierba y con lágrimas en los ojos vio que era Robert el que la miraba preocupado.

— ¡Respira cielo!—dijo asustado, y tal vez no era para menos, habían estado a punto de matarla.

Tosió tratando de que su respiración se normalizara, el pecho le dolía, únicamente quería regresar a su habitación, y no salir de ella nunca más. Unos lacayos estaban sujetando a Olivia que desmayada no sabía ni lo que pasaba a su alrededor.

Robert la cogió entre sus brazos como si fuera la cosa ms preciada de este mundo y la llevó hasta su caballo cubriéndola con su gabán. No supo cuánto tiempo estuvo en la misma posición, pero se le hizo eterno. En cuanto llegaron a la casa se desató el caos, Marian únicamente escuchaba gritos de desesperación, pero nada le importaba, lo único que quería era dormir.

Escuchó el grito Robert pidiéndole que no lo abandonara, y después todo se volvió oscuro. Una paz la comenzó a inundar, ahora todo estaría bien, ahí ya no sentía ningún dolor. Alguien le pasó un paño húmedo por la frente y Marian gimió queriendo que la dejaran dormir. —Cielo tienes que despertar, vamos tienes que comer algo.

Abrió los ojos y la mirada de Robert la dejó cautivada, lo extrañaba tanto. Una lágrima rodó por su mejilla y él la detuvo con su mano acariciando su mejilla con ternura.

—Lo arreglaremos cielo, te juro que lo arreglaremos.

—No tenemos ninguna posibilidad. —era ilógico pero su corazón había saltado de emoción al ver la reverencia con la que besaba su mano.

—Claro que sí, nos casaremos y formaremos una familia —él acaricio la curvatura de su vientre que aún era pequeña pero ya se notaba, más porque solo estaba cubierta por un fino camisón—. El médico ha dicho que te encuentras bien, que los dos se encuentran bien.

Se acercó más a su rostro y depositó un suave beso en sus labios que a Marian le supo a gloria.

—A veces en la vida se cometen errores en el nombre del amor a otras personas, cuando conocí a Lidia, supe que tendría problemas con ella, era tan linda e inocente que me cautivo al minuto uno de conocernos, no imaginaba mi vida sin ella. Le hice promesas que jamás pude cumplir y ella al ver que mi padre nos dejaba sin nada, decidió deshacerse de lo único que nos unía, y se marchó para siempre dejándome hundido, se marchó para casarse con barón

que le ofrecía todo lo que yo no le pude ofrecer; segado por la furia hice lo que solo un hombre despechado puede hacer, hablar mal de una dama. Su esposo me retó a un duelo, y al amanecer Lidia vio cómo su esposo caía herido de una pierna. Pero las cosas se pusieron mal para el caballero con tan mala suerte que murió de unas fiebres.

Robert estaba tan sumido en sus pensamientos, que ella únicamente podía admirar su rostro, tenía el semblante cansado, pero incluso de esa manera le alteraba el corazón.

—La buena sociedad londinense, me condenó al destierro; mis amigos se alejaron de mí, mi familia renegó de mi título, todos me dieron la espalda. Y tu padre al verme caído en desgracia se alegró de ello. Su venganza perfecta para el hijo del hombre que los había hecho muy desgraciados en el pasado alejándolos de su hija. Pero comprendo en cierto sentido a mi padre, si te perdiera, si por alguna extraña razón alguien me robara tu amor, me volvería loco.

El corazón de Marian salto de gusto, aunque no le había dicho que la amaba si hablaba de planes para el futuro. — ¿Me quieres?—aún así se atrevió a lanzarse por una respuesta.

—Más que a nada, he vivido en un infierno desde que te fuiste, y he pasado mil veces por el desde que te saqué del lago.

—Olivia. —susurró sabiendo que ahora sí que no tenía ninguna intención de ayudarla.

—Olivia ha muerto cielo, se escapó de la habitación donde estaba y se ha ahogado en el lago.

Era una estúpida pero comenzó a llorar desgarrada, por mucho que Olivia le hiciera daño, nunca le desearía la muerte. Con Olivia una parte de ella había muerto, esa parte que creía que la amistad verdadera era posible, esa misma parte que creía que las amigas se podían considerar hermanas. Aún la

recordaba como una niña imparable en el orfanato. Sus travesuras eran memorables, y sintió que era la cosa más injusta de la vida.

## Capítulo 21

A pesar de ir en contra de la voluntad de su familia, Marian quiso que se le diera cristiana sepultura a Olivia, se negaba a dejarla para que las autoridades se deshicieran de su cadáver. Todo fue tan triste, frente al féretro sólo estaban los duques, Robert y Marian. La madre superiora había dicho que la madre de Olivia era una prostituta que trabajaba en el puerto, cuando la fueron a buscar para que le diera el último adiós, los miró indiferentes y dijo que no le importaba nada de esa bastarda.

Marian se aferró al féretro llorando sin consuelo, hasta que fue irremediable la partida. En su vida nunca olvidaría a Olivia, porque de alguna manera formaba parte de ella. Era como siempre decían: su hermanita.

Los días después del sepelio fueron pasando, toda la familia le daba su apoyo y consuelo, pero se negaban a que llevara luto por una persona que la había traicionado en todos los sentidos posibles. Sus padres aceptaron de buen agrado la noticia de su embarazo, aunque ya lo sabían por el médico que la había visitado.

Aunque los planes originales eran que se celebrara una boda por todo lo alto, Marian y Robert decidieron que era mejor simular un escape a la frontera con Escocia y de esa manera dejar por terminado el asunto del matrimonio. Así que en un carruaje de alquiler partieron para lo que sería el comienzo de una nueva vida.

Como el padre de Robert había dilapidado toda su herencia, seguirían viviendo en la casa de Marian, y él ayudaría a llevar la administración de todos los bienes; Robert al principio se negaba a seguir ahí, ya que había hecho buenas inversiones con sus ahorros, pero había varias propiedades que

pasarían a manos del esposo de Marian, las cuales no estaban ligadas a el título ducal, así que el heredero de su padre no accedería a ellas.

Aunque la boda no fue la más romántica del mundo, para Marian fue la más especial aunque fuera sobre un yunque. Ahora era la condesa de Sussex, aunque fuera únicamente de nombre. Pero ella estaba feliz.

La vida le había dado una nueva oportunidad de encontrar a su familia, y aunque por un momento pensó que estaría perdida, siempre contó con las personas que más amaba. Sonrió mirando el cuadro de Robert que ahora estaba colgado sobre la pared, sobre la chimenea había un retratillo de Olivia y ella. Marian lo acarició suspirando, después de esos años y aún la seguía extrañando. Su esposo llegó por sorpresa mirándola acariciar el pequeño cuadro.

— ¿Qué es lo que sucede condesa?—sonrió sin poder evitarlo, esa era la magia de Robert, hacerla sonreír incluso en las peores adversidades.

—Nada, es sólo que a veces la extraño.

— ¿No la odias?—dijo su esposo extrañado.

—No, durante la infancia fue mi única compañera, la que me defendía ante todos, sólo se confundió de camino.

—Pero trató de matarte.

—Esa no era ella, la persona que trató de matarme no era mi amiga Olivia. La mujer que perdió la cordura y me intentó matar era simplemente mi querida enemiga.

Su esposo la abrazó a él, seguramente recordando aquel día, sabía que si por ellos fueran hubieran despedazado a Olivia, pero para ella siempre sería su hermanita.

—Ahora ya no hay peligro. ¿Eres feliz condesa?

—Más que nada en la vida. Si tuviera que vivir de nuevo todo para llegar a tu lado, lo haría mil veces. Eres lo mejor que me ha pasado, eres lo mejor

que he encontrado.

—Toda una romántica condesa, tú también eres lo mejor que he encontrado, eres el amor más puro que he tenido jamás.

—Me estás diciendo que me amas conde. —preguntó de manera provocadora.

—Con cada palabra que brota de mis labios. Te amo condesa.

—Te amo esposo.

Su hijo de tres años entró en el enorme salón seguido de su abuela y su abuelo que lo querían atrapar. Desde esa edad ya era todo un granuja al que la ciudad de Londres se le quedaría pequeña. Sonrieron cuando llegó hasta ellos y se lanzó a sus brazos. Al fin estaba completa su familia. Al fin podía vivir sin su querida enemiga.

**Fin.**